



Brigitte

EN ACCION

*Lon
Carrigan*



Champán con guina

Lectulandia

Esta vez, la misión de Brigitte es un tanto novedosa o insólita, pues actúa no como agente supuestamente sumisa a la CIA, sino como representante nada menos que de la ONU. ¿Su cometido básico? Como siempre: evitar una masacre de gente inocente por parte de los criminales de siempre, es decir, de quienes utilizan a la humanidad como si esta fuese simplemente una herramienta para conseguir riqueza y poder.

Lectulandia

Lou Carrigan

Champán con guindas

Brigitte en acción - 81

ePub r1.0

Titivillus 28.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Preludio

Sangre en el mar

Indudablemente, el mayor error que puede cometer un hombre que realiza una misión de espionaje durante la noche, es vestir de color blanco. Cuando la oscuridad es absoluta, quizás eso no tenga importancia. Pero cuando hay una hermosa luna tropical en un cielo cuajado de estrellas, cualquier espía que sea digno de tal nombre se procura unos ropajes negros, y, a ser posible, se tizna la cara con maquillaje especial de ese color. Así, es probable que pueda escapar después de conseguir su objetivo...

Pero, vestido completamente de blanco en una noche de luna clarísima, es mortal... Suele serlo. Igual que el sol, la luna se refleja en la ropa blanca casi tan bien como la haría en un espejo. Por lo menos, así ocurría en aquella ocasión.

El hombre, completamente vestido de blanco, corría cuanto podía, acercándose a la playa del islote. Llevaba una maleta pequeña en una mano, de peso tan considerable que en más de una ocasión le obligó a tambalearse y a cambiarla de mano... Tras él, no menos de una docena de hombres bien armados parecían la jauría furiosa tras la asustada liebre.

Igualmente vestidos de blanco la mayoría, pero con una ventaja: ellos no tenían por qué ocultarse, ya que eran los «cazadores». La vegetación era apartada sin miramientos, rudamente, sin preocupaciones respecto al ruido que pudiera producir. Tampoco se recataban de hablar, incluso de gritar dándose unos a otros indicaciones respecto a la posición de la presa.

La asustada presa vestida de blanco, que corría hacia la playa, con aquella maleta que parecía pesar tanto como él mismo. El hombre volvía frecuentemente la cabeza, sin dejar de correr. Todo su rostro redondo y moreno, de rasgos indios, estaba cubierto de gruesos chorros de sudor, que penetraban en su boca abierta, jadeante. Él procuraba hacer el mínimo posible ruido, ciertamente, pero sabía que su camino, inevitablemente, estaría cortado en cuanto llegase a la playa. Una vez allí, ya no tendría escapatoria.

Bien... Ciertamente podría lanzarse al agua, e intentar alejarse a nado del islote, pero... La maleta pesaba demasiado, estaba terriblemente cansado, y, a no dudar, antes de que hubiera podido recuperarse para nadar bajo el agua, una docena de armas le habrían acibillado...

Sin embargo, el hombre continuaba corriendo hacia el mar. Ya estaba muy cerca... Pocos segundos más tarde, sus pies descalzos se hundían en la arena, aumentando así la dificultad de su marcha. Parecía que sus rodillas fuesen a doblarse de un momento a otro. A menos de treinta yardas, se veía la orilla del mar, ribeteada

de blanca espuma sobre las pequeñas olas románticas. Luego, el mar se extendía, hacia el este, como una mancha negra, hasta llegar al continente suramericano; allá, se veían las luces de una ciudad importante: Ciudad Andina.

Pero Ciudad Andina, por desgracia, estaba demasiado lejos de Gilberto Sierra. Tan lejos como sus posibilidades de salvación. De lo que no cabía duda era de que Gilberto Sierra, el hombre perseguido, era de una terquedad admirable: corría hacia el mar como si allí, en lugar de estar el fatal final de su camino, estuviese su salvación, o algo en verdad valioso.

Y quizás era cierto.

Quizá si lograba llegar al mar estaría salvado...

¡Pack, pack, pack...!

Los tres disparos de rifle automático sonaron de un modo escalofriantemente claro en el silencio de la playa isleña, por detrás del desdichado Gilberto. Este pareció recibir un violento empujón en la espalda, y lanzó un grito, más bien un chillido de dolor y espanto. Saltó con más fuerza hacia delante, alzó los brazos soltando la maleta y cayó de bruces en la arena que parecía de plata.

Tras él, se oyeron clarísimas voces, en español, diciendo que le habían acertado. El rumor de la docena de «cazadores» aumentó, se oyó con más claridad. Varias figuras comenzaron a aparecer en la linde del palmeral que llegaba hasta la playa. Todos armados, todos dispuestos a rematar implacablemente al pobre Gilberto Sierra.

Tardaron todavía unos segundos en verle arrodillarse en la arena y arrastrarse hacia la maleta.

La maleta.

Gilberto, simplemente, se estaba jugando la vida por aquella maleta. Es decir, se la había jugado ya... y había perdido. De ninguna manera podría ya escapar, con una de aquellas balas clavadas en su espalda.

Y, sin embargo, Gilberto insistía en ello, deslizándose hacia la maleta. Consiguió cogerla con una de sus temblorosas manos... Ya ni siquiera oía las voces de aquellos doce hombres que le habían cazado, como a una fiera, como a una alimaña. No oía nada... Pero veía la maleta, y, muy cerca de él, la hermosa y mansa playa de la preciosa isla. Una de las hermosas islas del futuro Estado que se llamaría Islas Coronadas.

Islas Coronadas...

Gilberto consiguió ponerse en pie y continuar corriendo hacia la playa. Un hombre muy terco, muy voluntarioso, estaba resultando el pobre Gilberto Sierra. Estaba ya casi en la orilla del mar, avanzando a trompicones, cuando tras él volvieron a sonar algunos disparos de rifle, dejando en la negra noche manchada de plata unos alargados fognazos cárdenos, rojizos, brillantes.

De nuevo cayó Gilberto de bruces. Tenía la espalda acribillada, completamente manchada de sangre, Quiso incorporarse de nuevo, pero su cuerpo ya no podía más. La noche plateada se convertía en la más negra oscuridad para los ojos de Gilberto, el

buen indio andino. Pero la oscuridad no era tanta que le impidiera ver la maleta.

Y aún tuvo fuerzas para cogerla.

Y tuvo fuerzas para arrodillarse, con las piernas metidas en el agua...

Y pudo lanzar la maleta hacia el mar, con sus últimas energías.

La maleta hizo «chop» al caer en el agua, y se hundió rápidamente, desapareció. En menos de tres segundos no quedó ni rastro de ella.

En la orilla, Gilberto se había puesto nuevamente de rodillas. Sus desorbitados ojos miraban hacia el mar, y hacia las luces de Ciudad Andina, que se veían lejos, muy lejos... Tan lejos, que Gilberto ya jamás podría volver a verla. Pero quizá fuese el deseo de volver a verla lo que hizo que Gilberto se pusiera una vez más, asombrosamente, en pie.

Pareció a punto de decir algo, dio un par de pasos hacia el mar...

Por detrás de él volvieron a sonar disparos, y no menos de media docena de balas se clavaron en la espalda de Gilberto.

Ahora sí. Ahora va, realmente, eran demasiadas balas. Gilberto Sierra cayó otra vez de bruces, en el agua. Y al notarla en su rostro, sonrió. La verdad era que no sentía ningún dolor, ninguna pena. Todo lo que notaba era la frescura del agua en su rostro de indio. La frescura del Pacífico, del mar. Y allá a lo lejos, Ciudad Andina, brillando en la noche...

Gilberto Sierra fue un hombre afortunado: murió sonriendo.

Cuando algunos de sus perseguidores entraron en el mar hasta los muslos, para sacarle hacia la orilla, el agua estaba teñida del rojo líquido que escapaba del cuerpo de Gilberto. Unas manchas feas, raras, más brillantes que el agua.

—Está sonriendo, el muy...

—Déjale. Hay que buscar la maleta —dijo otro.

—Será fácil. No ha podido tirarla muy lejos. Vamos a nadar todos, hasta encontrarla. ¿Qué hacemos con este?

—Déjale aquí mismo. El mar se encargará de él.

Y así fue. Dejaron a Gilberto Sierra en el mar, rodeado de la mancha que formaba su propia sangre. Lo que importaba no era él, sino la maleta que había arrojado al mar.

El mar se encargó de Gilberto, engulléndole, disolviendo lentamente la mancha de sangre.

Pero, al parecer, también se había encargado de la maleta, ya que la docena de «cazadores», por más que estuvieron buscando, no pudieron hallarla.

Y muy poco después, a unas trescientas yardas de la orilla del mar, mientras en esta se zambullían repetidamente una docena de hombres, dos sombras negras emergían de las negras aguas, junto a un pequeño bote. Dos hombres con equipo submarino, traje de goma negro, tubos de aire... Uno de ellos, lo primero que hizo fue tirar sobre el bote la maleta pesadísima que había costado la vida a Gilberto Sierra.

Luego, los dos subieron rápidamente al bote, y empuñaron los remos. No convenía hacer el menor ruido. El pequeño bote comenzó a deslizarse silenciosamente hacia la costa, hacia el continente, donde se veían las luces de Ciudad Andina.

Uno de los hombres-rana musitó:

—¿Crees que Gilberto ha muerto?

—Naturalmente.

—Malditos sean... De buena gana volvería a la isla y...

—Cálmate. No será el único que muera por esta maleta. Lo que tenemos que hacer ahora es llegar hasta Héctor Benjumea. Cosa que no será nada fácil. Tendremos que andar con mucho cuidado por Andina, Paco.

—Lo sé, Luis. Pero si Gilberto ha dado su vida por esto, nosotros terminaremos su trabajo. Está prometido: llegaremos como sea y cuando sea hasta Héctor Benjumea. Gilberto no habrá vertido en vano su sangre en el mar.

Capítulo Primero

—No hay nada como el mar —aseguró firmemente Brigitte—. Pero me disgusta ese mar de invierno lleno de brumas, tío Charlie. Por eso, prefiero mi bañera de mármol rosa. ¿No está de acuerdo?

Charles Pitzer, jefe directo de la agente Baby, estaba contemplándola.

—Sí... Sí, estoy de acuerdo, Brigitte.

Ella sacó una pierna de la espuma y la contempló críticamente, casi con disgusto. Es decir, todo lo contrario que Pitzer, que se estaba gastando los ojos intensamente.

—Me disgustan mis piernas —dijo Brigitte.

—¡Hija de mi alma...! —protestó Pitzer.

—Me refiero a su color... Cierto que todavía se ven bastante doradas de sol, pero no como a mí me gusta. Y es este horrible y larguísimo invierno. A mí me gusta el verano, el sol, las palmeras, los pájaros de colores exóticos, el calor que invita a beber champaña helado... Odio el invierno... ¡Lo odio con toda mi alma! ¿Cree que mis piernas han perdido su bonito color de sol, tío Charlie?

—Hijita... Sus piernas no han perdido nada de nada. Usted es una gatita presumida.

—¿Gatita presumida? —Alzó Brigitte sus impecables cejas.

—Le gusta que le digan a cada instante que es bella, que es hermosa, que es linda y elegante... ¡Es usted la más presumida de las gatitas del mundo!

—¿Y esta otra pierna? —Alzó Brigitte la derecha—. ¿Le parece que aquí se conserva más el bronceado solar?

—Las dos igual. Las dos igual de hermosas, de perfectas, de... Oh, vamos, no he venido aquí para regalar sus oídos, sino para darle un pequeño trabajo de espía.

—¿Pequeño?

—Parece que es pequeño. Tonterías de pequeños países, al menos... ¿Va a salir ya del baño?

—Así es.

—¡Bien! —Brillaron los ojos de Pitzer.

—Tendré que amonestar a Peggy por dejarle llegar hasta mi cuarto de baño, tío Charlie —refunfuñó Brigitte—. Usted debería estar ahora esperando en el saloncito, ¿no cree?

—He sobornado a Peggy.

—¿De veras? Bueno, eso es como si usted me dijera que había sobornado a nuestro presidente para aceptar dinero de los rusos a cambio de pasarse al bando comunista. Una alucinación, tío Charlie. Sé muy bien que usted ha... arrollado a la pobre Peggy para llegar hasta aquí. ¿O no?

—Esto es el suplicio de Tántalo —gimió Pitzer.

—No sea exagerado —volvió a reír Brigitte, frotándose fuertemente con el agua fría—. Usted no tiene nada de mitológico. Y el pobre Tántalo es un personaje de la

Mitología, ¿no?

—Si usted lo dice...

—Oh, sí... Déjeme recordar mis tiempos de inteligentísima estudiante... Veamos: Tántalo, o Tantalus, fue hijo de Zeus y de la ninfa Pluto... Sí... Oh, sí: Zeus era su padre, sí... Tántalo fue rey de Paflagonia; tuvo tres hijos: Broteas, Níobe y Pélope. Tántalo robó la ambrosía de los dioses, y les sirvió la carne de su hijo Pélope. Entonces, Zeus, disgustado por lo que Tántalo había hecho a uno de sus nietos; lo precipitó en el mar Tártaro... No. No era un mar, sino un lago. Sí, el lago Tártaro. Allí, Tántalo estuvo condenado a permanecer, sin comer ni beber... El agua del lago le llegaba hasta la barbilla, pero cada vez que el sediento Tántalo quería beber, el nivel del agua descendía. Así mismo, estaba completamente rodeado de árboles frutales, pero cada vez que Tántalo quería comer, las ramas de los árboles se elevaban hasta el cielo. Y el pobre Tántalo pasó hambre y sed, teniendo a su alcance comida y agua. Realmente, tío Charlie, es horrible.

—Entonces... ¿puedo volverme?

—Oh, sí, desde luego.

Pitzer se volvió con la velocidad del rayo..., justo cuando la divina espía acababa de envolverse en una preciosa toalla gigante de alegres colores.

—¡Me ha engañado! —exclamó el jefe del Sector de Nueva York de la CIA.

—¿Yo? ¿Por qué lo dice?

—Usted... usted... ¡Usted es una pérfida!

—Y usted un viejo fauno con cara de granuja, querido. ¿Quiere tomar algo?

—*Whisky*. Mucho *whisky*, para quitarme el disgusto.

Brigitte se miró al espejo del cuarto de baño, y se sonrió a sí misma, muy complacida.

—Oh, santo cielo, qué hermosa estoy esta noche... Y todas las noches, ¿no es cierto, querido?

—Lo ignoro. Pero si me quedase una noche aquí, seguramente podría opinar... al día siguiente.

—¿Ha dicho mucho *whisky*?

—Veneno —gruñó Pitzer—. ¡Eso es lo que quiero, veneno!

—También tengo. Y muy activo, por cierto. Recuerdo que en una ocasión, en...

—No me interesan sus historias de espía. Quiero *whisky*, darle unos datos, y marcharme de aquí inmediatamente. ¡Al diablo Tántalo y su familia!

Riendo, Brigitte salió del cuarto de baño, seguida del malhumorado Pitzer. Llegaron al saloncito, y la espía, manejando astutamente la gran toalla, se sentó, concediendo a Pitzer un espectáculo visual nada despreciable.

Acto seguido Baby agitó una campanilla de plata, con su gracia inimitable. Peggy apareció apenas tres segundos más tarde, expectante.

—*Whisky*, Peggy.

—Sí, señorita.

La señorita Montfort se quedó mirando dulcemente a Pitzer.

—Adelante —pidió—... Oh, espero que no vuelva a enviarme usted a Alaska, o algún sitio parecido^[1].

—Tiene que ir al trópico.

—¡Maravilloso! ¡Le estoy muy agradecida, tío Charlie! ¿Tengo que... ejecutar a alguien allí?

—No. Solo irá en misión de informadora.

—¿Informadora? —Frunció el ceño Brigitte, encendiendo un cigarrillo—. ¿Entiendo que debo ir como periodista?

—Aproximadamente. Sin embargo, será conveniente que no olvide sus... dotes de espía.

—Entiendo. ¿Qué problema tiene la CIA en el trópico?

—¿La CIA? Ninguno.

Los azules ojos quedaron fijos, con expresión atónita, en los negros y astutos de Pitzer.

—No comprendo.

—Digamos que su informe será remitido directamente a la ONU.

—¿A la Organización de las Naciones Unidas? —exclamó Brigitte.

—Efectivamente.

—Asombroso... Muy asombroso, tío Charlie, porque, según tengo entendido, la ONU tiene sus propios informadores. Y no son precisamente agentes de escasa categoría.

—Eso se dice. Sin embargo, secretamente, ha habido un voto de confianza hacia Estados Unidos, en el sentido de que... Bien, el hecho cierto es que el secretario general de la ONU ha pedido a Estados Unidos que enviemos allá a la agente Baby.

Brigitte estaba boquiabierta del más puro asombro.

—¿Sugiere usted que el secretario de las Naciones Unidas conoce la existencia de la agente Baby?

—Oh, vamos —gruñó Pitzer—. Nadie en el mundo ignora que la CIA cuenta con la más astuta, peligrosa, eficaz, infatigable... y rara agente del mundo.

—¿Rara? ¿Soy... rara?

—En cuanto a su discernimiento propio de lo bueno y lo malo, lo es. El secretario de la ONU ha querido enviar a Andina un agente especial de verdad, con un criterio propio inflexible, con vistas a una administración de justicia lo más adecuada posible.

—Por el amor de Dios... Esto es increíble. ¡Una agente de la CIA actuando para la ONU...! Supongo que los rusos habrán puesto el grito en el cielo.

—No saben nada —sonrió Pitzer—. En realidad, todo es una pura y simple deferencia personal del secretario de la ONU hacia la agente Baby. No hacia Estados Unidos, entiéndalo bien. Ni, mucho menos, hacia la CIA. Corren rumores de que el secretario de las Naciones Unidas está pensando seriamente en convencer a la agente Baby para que abandone la CIA y se dedique exclusivamente a labores de la ONU,

siempre buscando la concordia y la paz en el mundo. No cabe duda de que el señor secretario está muy bien informado respecto a usted.

—Increíble... Baby, agente de la ONU... ¡Increíble!

—Cosas de la fama —gruñó Pitzer.

Peggy apareció, con una bandeja en la que se veía una botella de *whisky*, dos vasos, pinzas, y un recipiente de plata lleno de «rocks». Lo dejó sobre la mesita, y a una seña de Brigitte se retiró, ya que la espía se disponía a servir el *whisky* personalmente.

Cuando ambos hubieron bebido un trago, Pitzer siguió:

—Las habladurías llegan aún más lejos, Brigitte. En la ONU se dice que la agente Baby será enviada en breve a diversas partes del mundo donde hay... acción bélica, o una simple guerra fría, a fin de... espiar concienzudamente la raíz de esas discordias. Pero volvamos a la misión actual. En Andina...

—Andina... ¿Ese país suramericano, no demasiado grande, situado entre Ecuador y Perú?

—Ajá. Hay allí cierta... inquietud política que, según parece, podría degenerar en un conflicto armado entre la propia Andina y su colonia de ultramar, llamada Islas Coronadas. ¿Las conoce?

—Sí, sí, desde luego. ¿Cuál es el conflicto?

—El presidente de Andina ha enviado una petición a la ONU en el sentido de que esta organización llame la atención a la colonia, Islas Coronadas, para que desistan de una rebelión armada que, al parecer, se está preparando, con fines a una precipitada independencia.

—¿Precipitada?

—Islas Coronadas obtendrían su independencia dentro de un año, o poco menos. Pero, según parece, no tienen paciencia para esperar ese momento, y se están preparando para una rebelión armada.

—¿Y por qué esa prisa? Si dentro de un año van a ser independientes, no veo que merezca la pena derramar sangre, tío Charlie. Cualquier país puede esperar un año para ser independiente.

—Bueno... Habría que convencer de eso a los habitantes de las Islas Coronadas.

—Entiendo. O, en caso contrario, averiguar las causas por las que están dispuestos a ir a una guerra con su metrópoli antes que esperar un año más. ¿Exacto?

—Exacto.

—Supongamos que no fuese posible evitar ese conflicto armado... ¿Qué ocurriría?

—Bien... En este caso, el agresor, y además rebelde, serían las Islas Coronadas. En cuyo caso, la ONU se vería obligada a enviar parte de sus fuerzas a Andina, para... aplastar la revolución. Eso significaría, evidentemente, un derramamiento de sangre no poco... abundante.

—Claro. ¿Y qué más?

—¿Cómo dice?

—¿Qué otras consecuencias habría aparte del derramamiento de sangre? Me refiero a lo que esa guerra perdida significaría para Islas Coronadas.

—Ah... Bien, esa actitud de sus habitantes significaría un retraso de veinticinco años en la consecución de su independencia. Ningún país no preparado para la paz podrá recibir su independencia... Así están las cosas.

—Entiendo. ¿Quién gobierna en la colonia de Islas Coronadas?

—Un político en verdad inteligente... hasta el momento. Un hombre joven, llamado Odón Salvatierra. ¿Quiere verlo?

—Desde luego.

Pitzer sacó su habitual sobre color amarillo, y de él unas cuantas fotografías.

La primera que mostró correspondía a un hombre de poco más de treinta años, moreno, de ojos negríssimos y sonrisa simpática e inteligente expresión.

—Odón Salvatierra, dirigente de la colonia. Es un isleño de sangre caliente, exaltado, apasionado, vehemente. Este otro —mostró la foto de un hombre de unos cuarenta y cinco años, cabellos entrecanos, barbita, ojos oscuros, expresión fatigada y noble— es Alberto de Marquina, presidente de Andina y, por tanto, de Islas Coronadas hasta que estas obtengan su independencia. Y este otro —de nuevo un hombre joven, de unos treinta años, rostro frío, seco, adusto, nariz ancha, boca grande y agresiva— es Feliciano Sotos, primer ministro de Andina, y brazo derecho de Alberto de Marquina.

—Son tres hombres... interesantes.

—Sin duda. Pero no olvide que de ellos depende una posible guerra en la que, lógicamente, habría muchas muertes. El secretario de la ONU se ha enterado, según parece, de que la agente Baby detesta las guerras. De manera que usted irá allá, se enterará de cómo están las cosas y por qué, y pasará un informe directo a la Casa Blanca. De allí, irá a la ONU.

—¿Y a la CIA no?

—Bueno... Esperamos que usted nos envíe una copia de ese informe —sonrió Pitzer.

—Naturalmente..., si así conviene a la paz, tío Charlie.

—Sí, ya sabemos eso —gruñó de nuevo Pitzer—. Bien, ese es el asunto. Vaya a Andina, investigue, obtenga sus propias conclusiones, y el secretario de la ONU las recibirá con mucho gusto. Según su informe, así se procederá.

—¿Qué decisión se tomará en la ONU si, en efecto, Islas Coronadas se rebelan?

—Serán... aplastadas inmediatamente. Ya hay demasiado jaleo en el mundo para perder tiempo con ellos.

—Entiendo, sí —musitó Brigitte—. ¿Cuándo debo partir?

—Mañana. Todo está preparado. Haga su equipaje de verano, y... ¡feliz estancia en el trópico! Por esta vez no habrá tiros, ni muertes, ni cosas de esas que a usted le desagradan.

—Así sea —susurro Baby—. Oh, un momento, ¿dónde debo alojarme, qué contactos tendré...?

—Todo eso está resuelto. Una vez en Ciudad Andina, alquilará o comprará un coche, y se dirigirá a La Capea... Es una hacienda, donde se crían toros, propiedad de Héctor Benjumea. Allí, en la hacienda llamada La Capea, usted se entrevistará con el presidente de Andina, Alberto de Marquina. Una vez llevada a cabo esa entrevista... secreta, proceda usted según su criterio hasta llegar a conocer toda la verdad del asunto... y evitar ese conflicto armado, si puede.

—Podré. Ese Héctor Benjumea... ¿quién es?

—Un torero. Un «matador» de toros. Uno de los más famosos de toda Suramérica, el número uno, según opinión de la mayoría.

—¿No tenemos fotografías de él?

—Pues no. —Pitzer se desconcertó—. Bueno, es un hombre tan famoso en todo el continente suramericano que no habrá posibilidad de error respecto a su identificación. No hay periódico andino donde no salga su fotografía un día u otro. Actualmente, se halla descansando de una intervención quirúrgica...

—¿Fue herido?

—Sí... Pero por un toro. En México Recibió una tremenda cornada en la parte inferior del tórax, que le tuvo entre la vida y la muerte durante una semana. Ahora está bien, reponiéndose en su hermosa hacienda La Capea, donde tiene su propia cría de toros bravos. Es un hombre ya mayor, que posiblemente se retirará de las plazas no tardando mucho.

—¿Mayor? ¿Y por qué torea todavía, si es casi viejo? ¿Quizá sus asuntos económicos no van bien...?

—Por el contrario. Héctor Benjumea está considerado uno de los hombres más ricos de Suramérica. Es multimillonario... en dólares.

—Oh... ¿Qué edad tiene?

—Casi cuarenta años.

Brigitte alzó las cejas, sorprendida.

—¿Consideran viejo a un hombre de cuarenta años?

—Solo un poco... maduro. De todos modos, espere a conocer a Héctor Benjumea, y usted misma podrá definirlo. Lo importante de él, en este caso, es que es un gran patriota, dispuesto siempre a cualquier cosa por Andina. Tanto que, según se dice, es posible que se retire de los ruedos para presentar su candidatura a la presidencia del país dentro de un par de meses.

—¿Contra el actual presidente Alberto de Marquina?

—Desde luego.

—¿Y Alberto de Marquina confía en un hombre que pronto será su rival para la presidencia del país? —preguntó incrédulamente Baby.

—Por allá hay un refrán, herencia de los españoles, que dice así: «Lo cortés, no quita lo valiente». Esto significa que Héctor Benjumea será un encarnizado rival de

Marquina cuando se proceda a las elecciones. Pero, mientras tanto, su patria es lo primero, y por tanto ayudará a Alberto de Marquina a mantenerla en paz. Lo demás, o sea, que el presidente sea uno u otro, no tiene importancia.

—Un hombre extraordinario ese Benjumea —musitó Brigitte—. Un matador de toros que quiere ser presidente de su país, pero que, por el momento, colabora con el actual. Muy interesante...

—Su avión sale a las nueve de la mañana. —Pitzer terminó su *whisky*—. Espero que haga quedar bien a la CIA ante el secretario de la ONU. No olvide que va como «observadora» solamente. Alberto de Marquina, su primer ministro Feliciano Sotos, y Héctor Benjumea, así lo han entendido. No complique las cosas.

—Yo nunca complico las cosas, querido —sonrió Baby—. Las resuelvo, que es muy diferente. Y como muestra de mi buena voluntad en este viaje, llevaré a esos señores unas cuantas botellas de mi bebida preferida... y unas cuantas guindas. ¿Verdad que soy deliciosa...?

Capítulo II

La deliciosa pasajera del vuelo 89 de la American Airways llegó al Aeropuerto Internacional de Ciudad Andina treinta y ocho horas después de su conversación con «tío Charlie».

Y llegó sonriendo, porque estaba en el trópico, con un mar radiante cerca de ella, cientos de palmeras recortándose en el cielo, y en todo el aire un olor a flores, a tierra caliente, a fruta madura. Llevaba una maleta y el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Suficiente, para una misión de buena voluntad, para poner paz entre dos bandos. O, al menos, conocer las causas de la tirantez entre Andina e Islas Coronadas, a fin de informar a la ONU y que este Organismo arreglase las cosas pacíficamente.

De acuerdo a lo convenido, nadie la estaba esperando. Su llegada era secreta, excepto para unas cuantas personas; muy pocas. Y, por supuesto, nadie, viéndola tan dulce y sonriente, podía pensar que tenía ante sí a la más astuta y peligrosa espía del mundo.

Una criatura angelical.

No buscó un taxi, ya que no convenía que el taxista, más adelante, pudiese comentar sobre su viaje a la hacienda de Héctor Benjumea, diciendo que había llevado allá a una extranjera bellísima... Por tanto, en el mismo aeropuerto alquiló un auto. Un Ford de diez años atrás, que cualquiera sabía cómo había podido llegar a Andina. Mostró su documentación, dejó la fianza en dólares americanos, cambió esta moneda por unos cuantos miles de pesos andinos y, tras colocar su equipaje en el viejo «Ford», se puso en camino hacia la ciudad, que estaba junto al mar, como el aeropuerto, pero a ocho o diez millas más al norte.

Antes de entrar en Ciudad Andina, que se veía blanca y brillante al refulgente sol de la mañana, preguntó, ya sin preocupación, por la ubicación de la hacienda de Héctor Benjumea. El interrogado era un hombre casi anciano, de gran mostacho caído, gris. Llevaba pantalones y blusa blanca, y unas ligeras sandalias de paja. Sus ojos brillaron al oír el nombre del matador de toros.

—¿Héctor? —Sonrió—. Todo el mundo sabe dónde está La Capea, señorita.

—Yo, no —sonrió también Brigitte.

—Claro... Si lo supiese, no lo preguntaría.

—Exactamente.

—¿Usted quiere ver a Héctor?

—Al Gran Héctor, sí... ¿No es así como lo llaman?

—¡Pos claro...! ¡Es el más grande! ¡El más grande torero del mundo!

—Creía que los grandes toreros del mundo estaban en España —sonrió de nuevo Brigitte.

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Nadie ha hecho ni hará jamás lo que ha hecho Héctor con los toros! ¡Nadie! Recuerdo una vez, en Las Tientas del Santísimo, que él solo...

—¿Qué son Las Tientas del Santísimo?

El andino miró a la espía con ojos desorbitados. Parecía a punto de desmayarse de puro asombro.

—¿No ha estado nunca en nuestra plaza de toros?

—No. Lo siento.

—Virgen... —suspiró el hombre, anonadado—. ¿Es la primera vez que viene usted a Andina, entonces?

—La primera vez.

—Ah... Ah, bueno... De todos modos, sí sabrá que Héctor es el número uno del mundo. ¡El mejor matador de todos los tiempos!

—Eso, sí. Precisamente, vengo a hacerle unas cuantas entrevistas, para publicarlas en mi periódico.

—¡Ya le han hecho muchas entrevistas a Héctor! —rio el hombre, divertido.

—Es posible. Pero nunca se la ha hecho una periodista de Estados Unidos, creo.

—¿Usted es yanqui? —exclamó el hombre.

—Sí.

—¿Y publicará cosas de Héctor en los Estados Unidos?

—Esa es mi intención.

—¡Entonces, yo le diré dónde está La Capea! Y cuando vea a Héctor, le dirá de parte del viejo Macario, el del puerto, que espera que esté ya muy bien, para ir pronto a verlo torear... ¿Se lo dirá?

—Se lo diré. Pero, antes, tengo que llegar a la hacienda.

—Oh, sí... Yo le indicaré por dónde se va.

—Gracias —suspiró Brigitte.

El viejo Macario le dio unas clarísimas explicaciones respecto al modo de llegar a La Capea, mientras Brigitte pensaba que, en el supuesto de que el andino hiciera comentarios respecto a la llegada de una periodista norteamericana para entrevistar a Héctor Benjumea, esos comentarios se efectuarían en esferas sociales poco comprometedoras. Y posiblemente lo mismo habría ocurrido con el taxista. De todos modos, ella quería disponer de vehículo propio para sus desplazamientos por el tropical país.

—¿Lo ha entendido bien, señorita?

—Muy bien. Ha sido usted muy amable, Macario. Gracias.

—No olvide mi recado a Héctor. Y otra cosa: ¿va a ir usted a La Capea en auto?

—Claro.

El viejo Macario movió admirativamente la cabeza.

—Estos yanquis... Buen viaje, señorita.

—Gracias, Macario. ¿Es que no le parece bien que vaya a la hacienda de Héctor en coche?

—Es cosa suya.

—¿Cómo cree usted que tendría que ir allá?

—A caballo, naturalmente.

—Oh... Bueno, no tengo caballo, de modo que tendré que conformarme con el auto. Hasta la vista, Macario.

—Adiós...

* * *

La hacienda La Capea estaba unas quince millas al sur de la ciudad, y, al parecer, sus límites occidentales llegaban hasta el mar. Debía de ser, sin duda, una gran hacienda. No tan enorme como los ranchos tejanos, pero sí muy considerable.

Se llegaba al portón de entrada desviándose de la carretera por un ancho camino de tierra roja, bordeada de palmeras. Un portón grandioso, pintado pulcramente de blanco. En la parte superior, en hierro forjado, estaban las palabras que daban nombre a la hacienda: La Capea. En uno de los postes laterales, grabada a fuego, la marca de la ganadería del famosísimo matador. Una H y una B juntas, de modo que el palo derecho de la hache y el vertical de la be se juntaban: I-B. Una bonita manera de poner las iniciales de un nombre en la carne de los toros.

No había nadie allí, de modo que la misma Brigitte tuvo que abrirse el portón, entrar con el coche y volver a cerrarlo. Luego, por el ancho camino de tierra roja bordeado de verdes prados y árboles de copa baja y frondosa, la espía continuó hacia la casa que se veía al fondo, lejos, blanca y roja. Pero iba mirando hacia los árboles, bajo la mayoría de los cuales se veían algunos toros enormes, negros unos, berrendos otros, ceretos, jaboneros, luceros... Para Brigitte, sin embargo, todos eran toros, de colores más o menos bonitos... Y muy pronto comprendió las palabras del viejo Macario cuando le dijo que en vez de auto debería haber ido a La Capea a caballo.

En el camino, de pronto, aparecieron tres de aquellos enormes animales, caminando briosamente hacia el auto, con la cabeza levantada, las agudas puntas de sus cuernos apuntando al cielo. Uno de ellos siguió su camino hacia la sombra de un árbol, pero los otros dos se quedaron allí, mirando con sus grandes ojos brillantes el monstruo mecánico de color negro que se acercaba a ellos, como desafiándolo, como dispuestos al combate. Brigitte tuvo que apresurarse a frenar, so pena de estrellar el coche contra aquella doble masa de carne poderosa. Cada uno de los astados debía de pesar holgadamente las mil libras.

El coche se detuvo apenas a cinco yardas de ellos. El berrendo comenzó a escarbar en la tierra del camino con sus patas delanteras, mientras el negro, impávido, alzaba la cabeza, miraba descaradamente a la espía internacional. El berrendo se lanzó de pronto contra el coche, pero, afortunadamente, parecía estar jugando. No se produjo el encontronazo, porque el animal se detuvo antes, como arrepentido de su humorístico ataque. Bajó y subió la cabeza un par de veces, sin embargo, como dispuesto a continuar en su ataque. Finalmente, quedó junto a la ventanilla izquierda del coche, cuyo cristal se había apresurado a subir la espía. El negro se acercó hasta

que su morro quedó casi tocando la parte delantera del vehículo. Luego, tranquilamente, se tumbó en el suelo, delante mismo del coche. El berrendo continuaba mirando a Brigitte a través del cristal, con una expresión expectante, intrigada, absorta.

La agente Baby no sabía qué hacer. No estaba demasiado asustada, porque esperaba que la plancha metálica del coche podría resistir una embestida de aquel bicho tremendo. De lo que ya no estaba tan segura era de que el auto no volcara bajo el terrible choque, si llegaba a producirse.

Otra cosa que comprendió que no debía hacer era dar marcha atrás. En cuanto el auto se moviera, el berrendo lo atacaría. Apenas empezara a deslizarse hacia atrás, para alejarse del negro que se había tendido en el camino, el berrendo efectuaría un ataque demoledor con su gran cabeza provista de dos terroríficos cuernos de casi quince pulgadas de longitud.

Lo mejor, sin duda, era no moverse. Ni siquiera ella debía moverse. Y así, durante tres o cuatro minutos, la espía y el toro estuvieron mirándose fijamente. El animal mugió un par de veces, mientras movía su largo rabo hacia los flancos. La espía se limitó a parpadear lo inevitable... Más allá, otros toros caminaban cachazudamente por los prados, y otros continuaban bajo la sombra de los árboles, cobijándose de aquel terrible sol que comenzaba a calentar horrorosamente el coche, convirtiéndolo en un horno. En la frente de Brigitte comenzaron a aparecer unas gotitas de sudor, que finalmente se deslizaron por sus mejillas, y luego hasta la boca, dejando allí su gusto salado y caliente.

—¡E-e-jéee...! ¡Ehé, toro...! ¡Tóroooo...!

Los azules ojos se volvieron hacia donde había sonado la voz, apagada, como lejana. Pero ni siquiera se atrevió a suspirar al ver al jinete, que se acercaba volteando sobre su cabeza un largo látigo muy grueso, que chascaba con fuerza en el aire.

El toro que estaba tendido en el camino se incorporó, con la cabeza vuelta hacia el jinete. El berrendo también miró vivamente hacia allí, moviendo con gallardía su robusto cuello, su enorme cabeza, que alzó mucho, poderosamente. El negro corría ya hacia el jinete, y el berrendo salió detrás, en una carga estremecedora.

El jinete había llegado ya al camino, y continuaba lanzando sus gritos de desafío... Por un instante, Brigitte tuvo la seguridad de que jinete y caballo iban a saltar por los aires, despedazados por la doble embestida. Pero el caballo, efectuó un extraño salto de lado, esquivando a los toros, que se revolviéron inmediatamente, atacando de nuevo, ahora persiguiendo al jinete, acercándose mucho... Un quiebro del caballo dejó plantados a los dos toros. El látigo volvió a restallar, por encima de sus cabezas... El negro dio la vuelta y se fue hacia la sombra de un árbol. El berrendo hizo un intento de ataque contra el caballo, pero pareció aburrirse de pronto, y optó por imitar a su compañero de juegos, siguiéndolo hacia la sombra del mismo árbol, olvidados ambos completamente del jinete, del coche y del combate.

Entonces, el jinete se acercó, al trote, al negro Ford..., mientras dos ojos azules le

miraban fijamente, atentamente, llegando, con aquella primera mirada, mucho más hondo de lo que el jinete podía suponer. Llegando hasta el fondo del recio espíritu del hombre de negros ojos, cuerpo seco, boca grande y dura, como de granito. Los largos cabellos aparecían bajo el sombrero de paja amarilla. Las manos, grandes, huesudas, fuertes, sujetaban las riendas con absoluta naturalidad, con soltura. Aquel hombre parecía tener el rostro de barro cocido, tanta era su aspereza, su reciedumbre. Un rostro muy seco, enjuto, con una cicatriz de casi dos pulgadas que llegaba desde la parte inferior del pómulo derecho hasta el mentón. Llevaba unos pantalones blancos, una camisa de color café y sandalias de paja... Pero, desde luego, no era un peón.

Bastaba con un vistazo mucho menos superficial que el de la espía Baby para saber que aquel hombre no era un peón. Todo su aspecto, su porte, aquel rostro seco y duro, la mirada directa de los negros ojos definían a aquel hombre como amo y señor.

Cuando desmontó junto al coche, se quitó el sombrero, y las canas quedaron visibles, de un gris brillante, fuerte, en las sienes, como pinceladas ligerísimas de plata. Treinta y seis o treinta y ocho años.

¿Quién podía ser aquel hombre impresionante sino Héctor Benjumea?

Una de las grandes manos tostadas por el sol abrió la portezuela. Estaba vuelto de espaldas a los toros, y parecía ignorarlos completamente, con una indiferencia extraña que se asemejaba mucho a la confianza.

—Lo lamento... —dijo—. Espero que no se haya asustado demasiado, señorita.

—La verdad es que un poco —suspiró Brigitte.

—De veras lo siento. Ya todos mis amigos conocen estas pequeñas dificultades con mis toros, y vienen a caballo. Son pocos los que vienen en auto.

—Lo comprendo bien —Brigitte se pasó un pañuelito por la frente, enjugando el sudor—. Ya me veía dando vueltas dentro del coche.

—No, no... Es poco frecuente que un toro ataque a un coche, pero resultan molestos. Los rodean, se sientan delante... Una vez, uno de mis amigos tuvo que permanecer durante tres horas dentro del coche, sin poder seguir adelante ni retroceder. En general, ese es todo el peligro que existe. Los toros son inteligentes y nobles... Y usted también ha sido inteligente, al no intentar escapar. Mucho temo que entonces sí la habrían embestido.

—Algo así pensé.

—Fue lo acertado. Oh, perdón: soy Héctor Benjumea.

Brigitte sacó su manita fuera del coche, estrechando la del más famoso matador de Suramérica, que apretó la suya con fuerza, pero con suavidad al mismo tiempo.

—Yo soy Brigitte Montfort, señor Benjumea. Periodista de los Estados Unidos. Precisamente, venía en busca de usted, para hacerle unas cuantas entrevistas.

—Entiendo —musitó el torero—. Tenía noticias de su llegada, pero parece que no convenía ir a esperarla al aeropuerto... Lo cual habría hecho con mucho gusto.

Tenía una voz profunda, recia, un tanto seca. Visto más detenidamente, Héctor Benjumea producía la impresión de ser todo él de cuero, recio, fortísimo en su

delgadez.

—Se lo agradezco... Me dijeron que me alojaría en su casa, señor Benjumea. Yo... espero que eso no le sirva de molestia.

—Será un placer. Bien —sonrió de pronto, cosa que parecía imposible, y Brigitte quedó subyugada por aquel blanco centelleo, por la luminosidad de la inesperada sonrisa—. Espero que no esté cometiendo un error... Quiero decir que usted, además de periodista...

—Soy la persona que está esperando, señor Benjumea. Puede decírselo así a Alberto de Marquina cuando lo crea oportuno. Entiendo que nuestras entrevistas tendrán lugar en La Capea.

—Así es. Avisaré al presidente por teléfono cuando llegemos a la casa. Creo que será mejor que deje aquí el coche, si no le importa. Uno de mis peones vendrá a buscarlo. Ellos están acostumbrados a este calor, y usted parece que está un poco indispuesta.

—Solo achicharrada. No es cómodo estar dentro de un coche con este sol encima.

—Entonces, sigamos a caballo, para evitar otro posible encuentro con los toros. Los caballos pueden ir por todas partes.

—Pero solo veo un caballo...

—*Rejón* podrá con los dos, señorita. Si a usted no le importa, se entiende. Pero si no sabe montar, iré a buscar...

—No. No, por favor... No más interviús con sus toros, señor Benjumea. Haré lo que usted diga.

—Muy bien. Creo que sería mejor que usted subiese a la silla. Yo iré en la grupa, llevando las riendas. Permítame ayudarla...

Le dio la mano para salir del coche, y frunció ligeramente el ceño cuando Brigitte se volvió para sacar el maletín. Pero, sin hacer el menor comentario, la ayudó a montar. Brigitte quedó de lado en la silla, y Benjumea, con sorprendente agilidad, saltó a la grupa del caballo; ella le entregó las riendas, y él las sostuvo pasando un brazo a cada lado del cuerpo de la espía, que tuvo la impresión de estar encerrada en un cerco de acero.

—¡Hop...!

Rejón se puso en marcha, hacia la lejana casa, que se veía pequeña, como una mancha blanca y roja, en la llanura, en la verde dehesa salpicada de frondosos árboles. Algunos toros volvían la cabeza hacia ellos, y Brigitte tuvo la sensación de que los animales se preguntaban sobre la conveniencia de atacar; pero, evidentemente, estaban ya desengañados respecto a sus posibilidades de velocidad contra las de un caballo.

—Parece que tiene usted una hacienda muy grande y magnífica, señor Benjumea. Y sus toros, sin rencor hacia ellos, son muy hermosos.

—Gracias. Es usted muy amable. Pero, como ganadero, todavía resulto insignificante. Tendrán que pasar todavía cinco o seis años para que yo me sienta

contento.

—¿Cuántos toros tiene ahora?

—Unos trescientos... La mayoría de ellos, demasiado jóvenes. Ya he enviado algunos a las plazas, y dicen que son muy bravos. Pero yo no estoy contento.

—¿Por qué?

—Deben ser todavía más bravos.

—Pues yo los prefiero mansos, la verdad —rio Brigitte.

—Claro —rio también Benjumea—. Pero lo peor que puede ocurrirle a un torero es encontrarse en la plaza con un toro manso. Cuanto más bravos, mejor. A más bravura, por regla general, tienen también más nobleza. ¿Ve aquellos dos sementales? Son de España... Los compré hace unos meses a un ganadero salmantino. Serán padres muy pronto, y espero que el gasto y las molestias hayan valido la pena.

—Le deseo mucha suerte... ¿Cómo va su herida?

—¿Mi qué...? Oh, se refiere a la cornada, supongo. Bien... Ya está bien. Todavía tierna la cicatriz, pero en perfecto estado.

—Tiene usted un admirador furibundo... ¿Conoce a un tal Macario, el del puerto?

—No.

—¿No? Pues él habló de usted como si fuesen grandes amigos. Le llamaba Héctor, simplemente..., y me dio saludos para usted.

—Sí, eso ocurre a menudo. El público que ve con frecuencia al personaje... célebre, está convencido de que, igual que él conoce al torero, el torero lo ha de conocer él. Si me ven por la calle, corren a darme palmadas en la espalda, me llaman Héctor, me convidan... Como si fuéramos poco menos que hermanos.

—Entiendo que es usted un personaje muy querido en Andina, señor Benjumea.

—Tengo esa suerte.

—Y muy popular.

—Así es, ciertamente.

—¿También es cierto que piensa presentarse a las elecciones presidenciales, dentro de unos meses?

—También es cierto, sí.

—Supongo... que tendrá que abandonar los ruedos.

—Sí.

—¿Le gusta esa idea?

Héctor Benjumea tardó algunos segundos de más en responder.

—No... —musitó al fin—. No me gusta esa idea...

—¿Ni siquiera después de haber recibido una cornada en pleno pecho que pudo costarle la vida?

—Es mi profesión. Tengo siete cornadas más en todo el cuerpo. Son veinte años matando toros, señorita. Es natural que ellos se hayan desquitado un poco conmigo.

—Supongo que esta última cornada le ha hecho recapacitar...

—Tengo dos que fueron peores. Una de ellas, en el vientre. Si estoy vivo es

porque Dios es bondadoso. En cuanto a mí... No. No es el miedo lo que me impele a retirarme de los ruedos. Es solo que comprendo que un presidente de una nación, aunque sea tan pequeña y tan poco importante internacionalmente como es Andina, no puede ir por ahí cortando rabos y orejas. Además, yo siempre he pensado que una persona debe hacer una sola cosa... Pero hacerla bien, con todas sus ganas. Mucho me temo que estaré triste cuando al fin me retire de los toros, pero mi decisión está tomada.

—Según la lógica, no debería estar triste, señor Benjumea.

—No comprendo.

—Usted es libre de elegir entre presentarse a las elecciones para presidente, o seguir toreando. Si va a estar triste... ¿por qué no olvida la política y sigue matando toros en las plazas?

—Estamos llegando —musitó Benjumea.

Había dos peones junto a una alambrada con un pequeño portón de tablas pintadas de blanco. La alambrada rodeaba la casa y el espacio de terreno destinado a jardín y servicios; un gran espacio, ciertamente, lleno de árboles y flores. La casa estaba hacia la derecha, así como el garaje. A la izquierda, un gran pabellón, distante no menos de un tercio de milla, y donde sin duda debían de alojarse los peones. Entre ambos edificios, unos blanquísimos establos, frente a los cuales se veían algunos jinetes y peones entrenando caballos. La casa quedaba aislada de estas dependencias, pero muy cerca de ellas...

—Pedro, quedó un coche en el camino. Ve cuando puedas a buscarlo, por favor.

—¡Inmediatamente, don Héctor! ¿Lo dejo en el garaje?

—Claro, hombre. La señorita estará en La Capea algunos días. Tú, Florián, ve a buscarle un caballo que no sea de los que a ti te gustan. ¿Entiendes?

—Sí, don Héctor —sonrió el muchacho.

—Límpialo bien, y busca una buena silla. Tú ya sabes.

—Seguro, don Héctor. La señorita estará contenta, ya verá. ¿Le digo a Crisanto que prepare una tintera para esta tarde? A la señorita le gustará mucho, don Héctor.

—Tú eres un granuja —amonestó Pedro—. Lo que quieres es ver torear a don Héctor, aunque sea a una vaquilla.

Benjumea había saltado del caballo, y alzó la cabeza hacia Brigitte, con aquella blanca y sorprendente sonrisa en su enjuto rostro tostado.

—¿Le gustaría torear, señorita Montfort?

—Bueno...

—Le aseguro que no hay peligro. Quiero decir que no hay más peligro que delante de un toro. Ni menos.

—Lo pensaré —sonrió Brigitte—. Como se suele decir, a mí me gustan los toros desde la barrera.

Pedro y Florián se echaron a reír, y se fueron a sus respectivos encargos.

Héctor Benjumea tiró de las bridas del caballo, llevándolo hacia la casa. Allí,

ayudó a desmontar a Brigitte, y entregó las bridas a un peón que acudió presurosamente, dando las mismas muestras de afectuoso respeto hacia el matador.

Brigitte estaba maravillada ante la casa, del más puro estilo colonial español, con grandes arcadas, losas en el patio, un pozo rodeado completamente de flores, dos grandes parras que trepaban por uno de los arcos, sillones de mimbre, rejas en las ventanas... No podía ser más idéntico a uno de los clásicos y hermosos cortijos andaluces. Dentro de la casa destacaban los finos mosaicos del suelo, los azulejos en alguna parte...

En la misma entrada, había una enorme cabeza de toro, disecada. Tenía unos cuernos cuya longitud no debía de ser muy inferior a las veinte pulgadas.

—Es el de mi alternativa... —dijo Benjumea—. Tuve suerte.

—¿Suerte? ¿Qué quiere decir?

—El público tuvo la amabilidad de solicitar a la presidencia de la corrida que me concedieran el toro entero Y así fue. Hace de eso dieciocho años.

—Pero... ¿a qué edad empezó usted a torear?

—Ya tenía casi dieciséis años. A los dieciocho, dejé de ser un joven novillero para convertirme en un serio matador de toros. Desde entonces...

—Perdón, señor Benjumea: ¿cuántos años tiene usted?

—Treinta y seis. Ya sé que parezco mayor. Pero el miedo es algo que envejece mucho.

—No —sonrió Brigitte—. Usted no parece mayor, sino más... completo, más hecho que el hombre normal de treinta y seis años. ¡Por Dios, cuando me hablaron de usted me pareció que ya era un anciano!

—¿Y no se lo parezco?

—¡No!

—Gracias por la exclamación —sonrió Benjumea—. Tengo la impresión, señorita Montfort, de que sus ojos no son... normales.

—¿Le parezco bizca, quizá? —rió la divina espía.

—Solo me parece que su mirada es más profunda de lo que su aspecto de... jovencita despreocupada y bellísima parece indicar.

—¿La parezco... bellísima? —musitó Brigitte.

—Le ruego que me perdone si no he lanzado exclamaciones de admiración al verla. Cada uno es como es. Hay personas que prefieren contemplar la belleza en silencio y sin demostraciones.

—Seguramente, es el mejor modo de comprender esa belleza —dijo lentamente Brigitte—. También usted parece una persona profunda, señor Benjumea. Y no se ve viejo, ni mucho menos, sino... más completo, sí. En cuanto al miedo, no es cierto que envejezca a nadie. Yo sería ahora una anciana de veintitantos años, entonces.

—¿Ha matado algún toro, quizá? —Sonrió levemente Benjumea.

—No precisamente. Pero he pasado miedo muchas veces.

—No es agradable... Ahí viene Lucía. Ella se encargará de usted, la ayudará en

todo lo que usted desee.

Brigitte se había vuelto al oír los pasos. Vio a la mujer, de unos cincuenta años, con los cabellos casi completamente grises, pero todavía hermosa y lozana. Tenía los ojos muy grandes y muy negros, brillantes. Sonrió cortésmente cuando Benjumea la presentó como su ama de llaves... Y Brigitte tuvo la impresión de que aquella mujer se dejaría hacer pedazos en cualquier momento por Héctor Benjumea.

—Quizá le agradecería bañarse, señorita Montfort.

—Me conformaré con una ducha fría, gracias. Pero no tengo mi equipaje aquí...

—Pedro lo habrá traído para cuando usted termine de ducharse. Y Lucía se lo subirá a su habitación. Son poco más de las doce... ¿Le parece que almorcemos a la una?

—Por mí, está bien.

—Mientras usted se arregla y se refresca, llamaré a Ciudad Andina, para avisar de su llegada.

—¿Vendrán enseguida...?

—No creo. El presidente, sin duda, vendrá por la noche, ya que resultará más discreto. Pero quizá venga Feliciano Sotos, el primer ministro. Ellos decidirán. De todos modos, no creo que vengan antes de las cinco de la tarde, de modo que podrá dormir usted su siesta.

—¿Es obligatorio? —Sonrió Brigitte.

—No. Pero sí muy conveniente, en este clima. Sin embargo, usted puede hacer en todo momento lo que guste mientras esté en La Copea. Todos estamos a su disposición, empezando por Lucía.

—Muy agradecida, señor Benjumea.

—Nosotros le estamos agradecidos a usted, y a la ONU.

—¿No cree que una mujer sea incapaz de hacerse cargo de la situación?

—Depende de qué mujer sea. Y no la entretengo más. Acompáñala, Lucía.

Poco después, la espía internacional estaba bajo el fresco chorro de la ducha, pensando con una intensidad total en Héctor Benjumea. Era un hombre en verdad notable. Un hombre seco y recio, que, igual que ella aunque por diferentes caminos, había llegado a conocer el miedo muy bien. Había aprendido, más importante aún, a dominarlo, a vivir con el miedo durante veinte años. Igual que ella misma, sabía siempre lo que se jugaba... y seguía haciéndolo. Los toros, para Héctor Benjumea, eran igual que el espionaje para la agente Baby.

Entonces, ¿por qué los iba a dejar, para presentarse a las elecciones presidenciales?

De un modo u otro, Héctor Benjumea era un hombre demasiado notable, demasiado hecho, para no tenerlo siempre en cuenta..., fuese para lo que fuese.

Capítulo III

Se despertó antes de las cinco de la tarde, tal como se había propuesto al acostarse después de la agradable y fresca comida con que la obsequió Héctor Benjumea. Muy a menudo, la divina espía se había dedicado a este tipo de entrenamiento: acostarse, y dormirse diciéndose a sí misma que a determinada hora tenía que abrir los ojos. Y, generalmente, así sucedía. Era una especie de sistema de despertador que dejaba en marcha en su subconsciente. Incluso estando rendida de sueño, podía dormirse ordenándose a sí misma que dos horas más tarde debía despertar.

Se quedó unos segundos mirando el blanco techo de su espacioso dormitorio, pensativa, ordenando sus pensamientos. Todo parecía estar en orden: el equipaje había llegado mientras ella se duchaba, todo estaba ahora en el armario, había almorzado, había descansado...

Afuera, el silencio era total, sorprendente. Por las entornadas persianas entraba una luz dorada y rojiza, tenue, suave. Muy diferente de la del exterior, brillante, cegadora, casi asfixiante, debido al sol, tan alto en el cielo.

Se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Tenía tanto calor que ni siquiera se molestó en cubrirse con ninguna prenda. Quedó mirando por entre los listones de la persiana; a lo lejos, se veía el mar, de un tono entre verde y gris azulado. Era como una mancha que tenía tendencia a unirse con el cielo, allá en el horizonte.

Estaba bostezando cuando vio el reflejo del sol en algo muy brillante. Al principio, le pareció un destello casual sobre cualquier objeto. Pero, en pocos segundos, se dio cuenta de que no era un objeto cualquiera el que reflejaba el sol, sino un espejo... Señales por heliógrafo. Quedó tan sorprendida que ni siquiera pudo prestar atención a las primeras señales. Partían de lo alto de una suave colina verde, con muchos árboles formando grupos espesos. Seguramente, habría toros por allí, pero resultaba evidente que el hombre que estaba manejando el espejo no les concedía la menor importancia.

Un hombre que no temía a los toros, que descabalgaba cerca de ellos sin mirarlos, sin temerlos, indiferente a sus posibles embestidas. Ella conocía a un hombre así. Un hombre que había recibido ya siete cornadas en el cuerpo, aparte del terrible golpe de pitón en pleno rostro que había dejado aquella cicatriz entre el pómulos y el mentón derechos.

Lejos, en la colina, las señales continuaban emitiéndose. El sol parecía estallar intermitentemente en el espejo, lanzando su señal en alfabeto Morse. Y en español, naturalmente.

Brigitte decidió dedicar toda su atención al contenido de aquel mensaje...

... No fue posible anoche ni anteanoche. Sin embargo, hoy volverán a intentarlo, y esperamos que pueda conseguirse. Ignoro cuánto tiempo podré permanecer

todavía en Andina, pues soy demasiado conocido; supongo que al menos sabes ya que Gilberto fue muerto en la playa de una de las islas. Pero Luis y Paco no fueron atrapados, ya que lo preparaste todo muy bien. Sigue esperando, y ya me dirás algo sobre esa mujer que ha llegado a tu hacienda. Hasta pronto.

El mensaje terminó. Ya no hubo más reflejos de sol sobre aquel espejo lejano. Según parecía, aquel mensaje iba destinado a alguien que debía recibirlo en la casa de la hacienda La Capea. Alguien que, en algún punto de aquella casa, estaba ahora sin duda recapacitando sobre aquellas palabras...

Brigitte separó con sus deditos dos de los listones de la persiana, para mirar hacia el patio enlosado. No esperaba encontrar a nadie allí, pues era fácil suponer que el receptor del mensaje hubiera sabido ocultarse convenientemente.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando vio a Héctor Benjumea en el patio, sentada cómodamente en uno de los sillones de mimbre, bajo la sombra de las parras. Ante él tenía una mesita, en la que veía un vaso con un líquido oscuro, un par de periódicos y una caja de cigarros. Uno de los cigarros, largo y retorcido, estaba entre sus blancos dientes. En las manos tenía un pequeño bloc y un bolígrafo, con el cual, evidentemente, había ido tomando nota del mensaje. Estaba solamente en pantalones cortos, blancos, y todo su cuerpo y sus piernas destacaban, tan bronceado que parecía un indio. Casi lo veía de espaldas, pero, en un costado, pudo ver un feo costurón, una línea de carne más rosada, como mal cosida, recuerdo sin duda de una de aquellas siete cornadas que el matador había sufrido a lo largo de su carrera taurómaca. También se veía un feo puntazo en el hombro izquierdo, como un hoyo en la seca carne casi de color marrón. Siete cornadas...

Héctor Benjumea, al parecer, había terminado de leer el mensaje que había ido anotando para traducirlo después en letras normales. Encendió una cerilla, prendió fuego a la hoja del bloc, y con aquella llama encendió el largo cigarro que tenía entre los dientes. Luego, dejó que la hoja se consumiera en el cenicero.

Y se quedó fumando, inmóvil, pensativo. Un hombre decididamente notable, viril, retraído según parecía. Uno de esos hombres que solo dicen la centésima parte de lo que piensan. Héctor Benjumea era un hombre muy inteligente, pero reservado.

De pronto, se volvió hacia la ventana de Brigitte, vivamente. Cualquier otra persona habría soltado los listones de la persiana inmediatamente, y habría retrocedido un paso... Con lo cual, posiblemente, el matador de toros habría notado aquel movimiento en los listones, ya que su vista era larga, aguda, potente. Pero la agente Baby no se movió. Continuó igual, sosteniendo separados levemente los dos listones, mirando al torero. Si nada se movía, si nada ocurría, Héctor Benjumea no sabría que ella le había estado espiando.

Solo separó su mano de la persiana cuando el matador dejó de mirar hacia allí.

Había visto su rostro seco, su ceño fruncido, sus inteligentes ojos fijos en la ventana; tenía el cuello flaco, bien musculado, gallardo. El cigarro parecía una pequeña barra de hierro encajado en aquellas mandíbulas vigorosas. Los negros ojos fueron como dos cámaras de teleobjetivo capaces de ver más allá de la persiana.

Pero esto no era posible, y la divina espía lo sabía muy bien.

Cuando Benjumea dejó de mirar, ella se apartó, fue a la cama, se sentó en el borde, y encendió un cigarrillo...

¿Qué significaba aquel mensaje?

¿Quiénes eran Luis y Paco?

¿Quién era el tal Gilberto, que había sido muerto en la playa de una de las islas?

¿Quién había enviado el mensaje a Héctor Benjumea?

Demasiadas preguntas.

Acabó el cigarrillo, se duchó con agua fría, y poco después revisaba el contenido de su armario. Eligió unos pantalones blancos, largos, que irían muy bien para montar a caballo. Y una blusita con delgadas rayas azules, rojas, negras y amarillas. Algo cegador, realmente. Se puso unos mocasines muy flexibles, un pañuelito al cuello, y se dijo que había llegado el momento de reanudar sus relaciones amistosas con Héctor Benjumea.

Ya eran casi las cinco.

* * *

Héctor Benjumea volvió la cabeza, la vio y se puso inmediatamente en pie, retirando el cigarro de su boca.

—¿Ha descansado bien? —se interesó amablemente.

—Magníficamente. Hacía tiempo que no dormía una siesta tan agradable, señor Benjumea.

—Lo celebro. Perdone...

Parecía avergonzado de su pecho desnudo, quizá por las muchas cicatrices feas, deformes, que se veían en su seca carne. Eran como destrozos brutales, irregulares, salvajes. Los cuernos de los toros, ciertamente, no producen heridas estéticas. Benjumea se apresuró a ponerse una negra camisa, de manga corta. Luego, miró sus piernas, especialmente la derecha, allá donde, en el muslo, se veía una de aquellas feas costuras de carne desgarrada. Pero, evidentemente, le pareció ridículo alejarse para buscar unos pantalones largos; y, puesto que Brigitte se había sentado ya, él hizo lo mismo, llevándose el cigarro de nuevo a la boca.

—Discúlpeme si me encuentra así, pero hace tanto calor... Además, no esperaba que usted fuese tan puntual...

—Está bien así —sonrió la espía—. Soy una mujer muy moderna, señor Benjumea. Y, realmente, he visto muchas piernas de hombre. Finalmente, sería absurdo que en este lugar y clima usted se pusiera un traje completo y formal de

tarde. Observe que yo tampoco he sido precisamente partidaria de la etiqueta.

—Es usted muy amable, señorita Montfort. Tengo la impresión de que la ONU la considera una magnífica... Mmm... Creo que en inglés se llama «public relations», ¿no es así?

—Así es. Usted, que sin duda desciende de españoles, conocerá un viejo refrán que dice: «el hábito no hace al monje».

—Lo conozco, por supuesto... —admitió Benjumea—. Quiere decir que una persona no es siempre lo que parece en determinado momento..., o algo así.

—Algo así. Un caballero seguirá siendo un caballero aunque lleve unos *shorts*, fume cigarrillos pestilentes y esté en mangas de camisa.

Héctor Benjumea enrojeció intensamente.

—Si le molesta el humo de mi cigarrillo...

—Su aroma es... terrible —sonrió la espía—. Pestilente, ya lo he dicho. Pero supongo que los hombres no pueden estar fumando en todo momento cigarrillos perfumados. Le suplico que siga fumando ese... cartucho de dinamita.

—Lo tiraré...

—No, no. Por favor: me encanta, de veras. Huele a hombre, y a hacienda con toros.

—Bien... Si de verdad no le molesta...

—No.

Quedaron silenciosos durante un par de minutos. Brigitte miraba fijamente al «gran maestro», al hombre que, en toda su vida de torero, habría matado, sin duda, no menos de cinco mil toros. Cinco mil toros, muertos uno a uno, con un corazón y un estoque por toda arma... ¿Era eso posible? ¿Qué clase de hombre era Benjumea? ¿Qué clase de nervios debía de tener aquel hombre?

—Usted —dijo de pronto él— me hizo una pregunta esta mañana.

—Cierto. Una pregunta que no quiso contestar.

—La verdad es que me preguntaba si usted la entendería. Ahora estoy convencido de que entenderá la respuesta.

—Muchas gracias. La pregunta se refería a su inminente alejamiento de los ruedos. Si los toros le gustan más que nada, ¿por qué dejarlos por la política, pudiendo quedarse con los toros?

—Sí... Así fue la pregunta, más o menos. La respuesta es que nadie me necesita en los ruedos, señorita Montfort. Jugándome la vida no beneficio a nadie. Absolutamente a nadie.

—Entiendo. En cambio, según entiendo, considera que sí beneficiará a alguien dedicándose a presidir Andina. ¿Es así?

—Sí. Imagino que usted no debe verme..., imaginarme como un buen político, pero le aseguro que lo soy. Conozco bien una buena parte del mundo. Pero, sobre todo, conozco bien mi patria. Y cuando sea presidente, sé que todos estarán contentos, y que Andina será un país... próspero y pacífico.

—Habla usted como si estuviera seguro de ganar las elecciones.

—Oh, por supuesto, así es. Alberto de Marquina no podrá vencer mi popularidad. Dentro de unos meses yo seré presidente de este país.

—Pero, mientras tanto, usted está ayudando a Marquina, ¿no?

Benjumea la miró sin poder evitar su sorpresa.

—¿Ayudando a Alberto? No... No es eso exactamente. Los dos somos... viejos conocidos. Se puede decir que buenos amigos. Pero, en esta ocasión, yo no le estoy ayudando a él.

—¿A quién, entonces?

—A mi patria, naturalmente. Andina no necesita para nada las Islas Coronadas. En cambio, sí necesita a todos sus hombres, para seguir luchando por un futuro mejor. Unos cuantos miles de muertos en una estúpida guerra no favorecería a nadie.

—Ciertamente. Me gusta su manera de pensar, señor Benjumea.

—Eso esperaba —sonrió él; señaló hacia el mar con un dedo—. Vea las islas. Están a unos veinte kilómetros de la costa continental. Son muy hermosas. En realidad, es un país más hermoso que Andina. Pero si sus habitantes no quieren ser andinos, debemos dejarles que se convenzan de su error.

Brigitte miró hacia los picachos marrones que se veían a lo lejos, adentro del mar. Frunció el ceño, estuvo pensativa unos segundos, y, por fin, preguntó:

—¿Usted está convencido de que, incluso habiendo obtenido su independencia, los habitantes de Islas Coronadas pedirán muy en breve su anexión a Andina?

—Es usted muy inteligente, señorita Montfort. Las islas son... como hijos que se rebelan contra los padres. Cuando los hijos se rebelan, hay que escucharlos, atenderlos bien. Escucharlos con mucha atención, y preguntar sus razones. Generalmente, son... malas razones. Pero, por mucho que se las expliquemos, no las entienden. Entonces, lo mejor es decirle a ese hijo rebelde que estamos de acuerdo, que pueden irse por el mundo a vivir su vida. Sin ayuda, sin consejos, sin apoyo de ninguna clase... En la mayoría de los casos, el hijo vuelve al hogar paterno, y, sin decirlo, sabe pedir que le recibamos nuevamente. Entonces, los buenos padres vuelven a admitir al hijo en su casa.

—Comprendo —musitó Brigitte—. Usted espera que, tras conseguir la independencia, las Islas Coronadas vuelvan a ponerse bajo la protección de Andina.

—Algo así. Pero no como colonia, sino como territorio formal, como suelo patrio de todos los andinos. Seamos sensatos: unas cuantas islas precisan de una madre patria que las sostenga. Vamos a darles la independencia, las dejaremos que durante un tiempo vivan su vida... Pero las islas volverán a nosotros. Ya no serán colonia. Ni serán independientes... Cuando vuelvan a casa, será para formar parte legal y total de Andina.

—¿No es un... proyecto demasiado ambicioso?

—Quizás. Tengo la impresión de que la estoy sorprendiendo.

—Un poco, lo admito.

—Debe saber que yo no soy un... desdichado cualquiera que es ahora millonario porque ha matado muchos toros jugándose la vida... Quiero decir que... Bueno, es cierto que he ganado muchísimo dinero con los toros. Pero no soy un... analfabeto. Mis primeros pesos ganados con riesgo de mi vida los dediqué a procurarme unos estudios. He estado en la Universidad Patria de Andina, en Ciudad Andina Soy licenciado en Ciencias Económicas y Políticas. También soy abogado. Y buen conocedor del Ministerio de Relaciones Exteriores de Andina... Mi tiempo lo he dividido, desde hace casi veinte años, en estudiar y matar toros. Entre una cosa y otra podríamos decir que he aprendido mucho... de todo.

Brigitte sonrió, muy suavemente.

—¿Está tratando de impresionarme? —murmuró.

La sorprendente, cegadora sonrisa del matador de toros apareció fugazmente en el tostado rostro.

—¿Eso cree?

—Francamente, no sé qué pensar.

—Pues no piense eso. Yo no necesito a la ONU para saber lo que tengo que hacer.

—¿Para qué la necesita, entonces?

—Para evitar una guerra, unos miles de muertos. Andina y las Islas Coronadas no pueden... permitirse ese lujo. Eso queda bien para Estados Unidos, que están enviando exceso de soldados a Vietnam, para... aligerar la población. Aquí, en Andina, no sobra nadie... ¿Qué ocurre, Lucía?

Brigitte se volvió, casi sobresaltada. Tras ella estaba la ya madura pero hermosa mujer que miraba siempre con ojos brillantes al sorprendente torero.

—Te llaman de la ciudad por teléfono.

—Voy enseguida... ¿Me disculpa, señorita Montfort?

—Sí... Desde luego.

* * *

—Parece que no tendremos visita esta tarde. —Benjumea se dejó caer de nuevo en el sillón de mimbre—. Feliciano me ha llamado para decirme que hasta la noche no podrán venir ni él ni Alberto.

—Eso nos deja unas cuantas horas libres.

—Casi cuatro. Puedo mostrarle parte de mi hacienda, pero todavía hace mucho calor para pasear a caballo. ¿Ha pensado respecto a su participación en una tienda de vaquillas? ¿No le gustaría manejar una muleta?

—¿Delante de un toro? —Pareció espantarse la espía.

—Solo una vaquilla... que también tiene cuernos; más pequeños, es cierto, pero...

—Me gustan las experiencias nuevas. Acepto con gusto, señor Benjumea.

—Magnífico. Iré a decirle a Crisanto que lo prepare todo.

* * *

La placita estaba detrás del establo caballar. Era menuda, de fina arena rojiza, bien nivelada. Estaba colocada de tal modo que ni siquiera la brisa marina llegaba allí, evitando el peligro del revuelo en los capotes y muletas. Había dos burladeros, aparte del que servía de entrada a la plaza desde las gradas que podían contener hasta cien espectadores, bajo un techado blanco que evitaba el calor sofocante del lugar.

Los toriles estaban detrás de la pequeña plaza, unidos a esta por el clásico callejón, de tablas pintadas de blanco, gruesas y sólidas. Un intenso olor a estiércol, que no resultaba tan desagradable como podía esperarse, se diluía rápidamente en el intenso calor de la tarde. Se oía el mugir del ganado encerrado en los toriles, y los gritos alegres de no menos de veinte peones que se encaramaban por todas partes y ocupaban el lugar más fresco de las gradas, fumando, gritando sin cesar. Gran acontecimiento: después de su última cornada casi mortal, «el maestro» volvía a ponerse delante de unos cuernos, tras un mes de convalecencia.

En el centro del pequeño ruedo, Héctor Benjumea estaba dando instrucciones a Brigitte respecto al modo de sostener el ancho capote de color grana y oro. Sujetando aquella pieza de tela, las manos del matador parecían aún mucho más fuertes, más seguras; más firmes. Era fácil comprender que Héctor Benjumea estaba en su ambiente, del modo más completo. Allí, más que en ningún otro sitio, con el capote en las manos, el matador tenía una personalidad que sobrecogía a la espía.

—No apriete las manos Solo conseguirá cansarse. Vea con qué suavidad debe sujetarse el capote... Es una presión justa y firme, no una presa. Ponga el capote a un lado, y cuando la vaquilla embista, no mueva el cuerpo... Solo las manos, separándolas del cuerpo, llevándose al animal hacia su derecha, suavemente... Nada de brusquedades. Piense que la vaquilla sale dispuesta a jugar, no a matar. Si usted juega bien, el animal será dócil, seguirá alegremente. No le meta el «trapo» en los ojos, déjelo que lo vea bien... De lo contrario, quizás en lugar de tirarse al capote, se tire al «bulto». Y el bulto lo forman usted y el capote. ¿Lo entiende?

—Creo que sí.

—Yo estaré cerca, al quite. Si le entra miedo, no se pone nerviosa, solo salga inmediatamente de la plaza. No insista.

—Sí, sí, entiendo...

—Yo le recibiré la res, para que tome gusto al capote. Observe atentamente. Y espero que no pretenda superarme, señorita Montfort. No sabría cómo enviar mis condolencias a la ONU.

—No se preocupe. Estimo mi vida.

—Muy bien... ¡Crisanto, suelta el bicho!

La veintena de peones empezó a bramar de entusiasmo.

—¡Don Héctor, que la vaquilla está enamorada!

—¡Sale paticoja de la derecha!

—¡Que levanta mucho la cabeza!

La ancha puerta del toril se abrió, y una vaquilla apareció en la placita, aturdida por el griterío. A los gritos de llamada de Benjumea, volvió la cabeza hacia él, y se quedó mirándolo unos segundos. De pronto, con sorprendente agilidad, arremetió contra el matador, que se la pasó por la derecha con un capotazo bajo, para fijarla, que arrancó un alarido de entusiasmo del grupo de peones. La vaquilla se revolvió furiosamente, y se lanzó de nuevo contra Benjumea, que de nuevo casi arrastró el capote, para bajarle la cabeza al bicho. Un «oléeee» vibrante resonó en el graderío. Y tras los dos siguientes capotazos, el «oléee» fue aún más estruendoso, mientras los peones, puestos en pie, empezaban a lanzar al aire sus sombreros de paja.

Junto a uno de los pequeños burladeros, Brigitte contemplaba, fascinada, el rostro de aquel hombre, que ahora parecía tallado en piedra oscura, inexpresivo, hermético. Las manos parecían tener vida propia, la estrecha cintura del matador se doblaba suavemente, los brazos parecían alargarse... Los peones comenzaron a patear, rojos de entusiasmo, en las gradas.

Benjumea se acercó a Brigitte y le tendió un extremo de su capote.

—Sujételo. Veamos primero qué tal lo hace al «alimón».

—¿Al qué?

—A dúo. La vaquilla tiene que pasar por debajo. ¿Bien?

—Sí... Sí, sí, muy bien...

La vaquilla estaba en el lado opuesto de la placita, pero Benjumea la llamó, con gritos estentóreos. Sujetando el otro extremo del capote, la espía miraba con ojos muy abiertos la corta cornamenta del animal. Corta, pero no menos eficaz y peligrosa que una cuchillada en el vientre.

Un rugido de entusiasmo brotó del grupo de peones cuando la vaquilla se lanzó como una flecha hacia el capote. Benjumea tiró hacia arriba del capote, y Brigitte le imitó prestamente. La vaquilla pasó por debajo, baja la testuz, arrancando oleadas de arena...

¡OOOOLÉEEE...!

Un nuevo pase al «alimón».

—¡Ooo-oo-oo léeee...! Otro pase.

—¡Oléeeeeee...!

La vaquilla fue a parar junto a las tablas, y Benjumea soltó su punta de capote, sonriendo.

—Es toda suya. ¿Recuerda lo que le he dicho?

—Creo... creo que sí...

—Pues adelante.

El matador se sentó en lo alto de las tablas que formaban el ruedo, y sacó un cigarro, que se colocó entre los dientes... Cuando la espía dio el primer pase a la vaquilla, fue el primero en gritar:

—¡Oléee...!

Los peones comenzaron a patear de nuevo, tirando y recogiendo sus sombreros de paja. El segundo pase, por bajo y muy largo, formó tal alboroto en los graderíos que hasta Brigitte miró hacia allí, asustada. Mientras tanto, la vaquilla se le vino encima, como una pequeña locomotora... El grito de aviso la hizo respingar, y tuvo el tiempo justo de apartarse, de cualquier modo, pisando el capote, tropezando... La vaquilla volvió sobre sus pasos, agitando mucho la cabeza, pateando, saltando...

—¡Baje las manos! —le gritó Benjumea—. ¡Por bajo, por bajo...! Brigitte casi arrastró el capote completamente, un poco pálida, y la vaquilla estuvo a punto de clavar el morro en la arena.

—¡Oléee...!

—¡Así...! ¡Siga así, señorita!

—¡Que le den las orejas!

Ahora todo el mundo reía, empezando por Benjumea, que parecía mucho más joven, más ligero, más alegre. Casi como un muchacho. Al siguiente capotazo de Brigitte empezó a aplaudir rabiosamente, mordiendo el cigarro. Los peones lo estaban pasando formidablemente, admirados del valor de aquella muchachita de grandes ojos azules y rostro sofocado que manejaba firmemente el pesado capote con sus manitas delicadas.

—¡Viva la vaca! —gritó un peón.

La risotada fue ahora general, tremenda... La vaquilla pasó metiendo la cabeza de lleno en el capote, arrancándolo por fin de las manos de la espía. Sacudió la cabeza, lo tiró a un lado y arremetió contra Brigitte, ya completamente metida en el juego de las embestidas. Un grito de espanto brotó del grupo de peones, mientras Héctor Benjumea saltaba como una flecha al ruedo, agitando su capote...

Pero la vaquilla no lo vio. Solamente veía a Brigitte..., y hacia ella fue con su gran fuerza. La cabeza baja, lista para enviar a las nubes a la espía.

Benjumea corría hacia allí, los peones estaban en pie, mudos ahora de espanto, viendo los cuernos a menos de cinco pies del vientre de la muchacha. Un segundo más, una entrada de cabeza, y la simpática y bellísima señorita Montfort se iría a las nubes...

Un alarido de entusiasmo brotó incontenible cuando Brigitte saltó por encima de la vaquilla, lejos del alcance de los pequeños y duros cuernos. Fue un salto asombroso, perfecto, lanzándose por encima del animal hacia su grupa, girando en el aire... Y mientras la vaquilla seguía su embestida hacia las tablas, Brigitte caía en la arena, rodando, sin haber perdido la compostura tras aquel salto de casi dos metros de altura y casi cuatro de longitud. La menos asombrada fue la vaquilla. Los peones, tras un par de segundos de estupefacción, lanzaron un «olé» que debió de llegar hasta Ciudad Andina, mientras Benjumea, con su indiscutible maestría, se llevaba la vaquilla hacia el otro lado de las tablas, mirando hacia la espía, que se había puesto en pie rápidamente y corría hacia su capote, con expresión de estar disgustada con la

vaquilla.

—¡Déjemela, señor Benjumea! —gritó.

Este largó a la vaquilla de un capotazo, y se encaró a la espía, sonriendo. Pero su sonrisa desapareció bruscamente, y su rostro quedó completamente pálido, al mismo tiempo que un grito de aterrado aviso brotaba de la masa de peones...

Brigitte se volvió a toda prisa, y palideció también, intensamente, al ver los cinco gigantescos toros que aparecían en la plaza por la abierta puerta del toril. Unos toros enormes, jóvenes, con unas cornamentas escalofrantes, las cabezas altas...

—¡Corra! —gritó Benjumea—. ¡Corra a las tablas...!

Dos de los enormes toros se abalanzaron hacia Brigitte, mientras un grito de terror brotaba de las gradas, y varios peones saltaban al ruedo, provistos de franelas rojas, gritando, atrayendo sobre sí la atención de los toros...

Pero no de todos. Los dos que se habían fijado en Brigitte se lanzaron hacia ella como monstruos incontenibles, bajas las cabezas... El más adelantado lanzó una cornada que pasó rozando las ingles de la espía. El otro la habría ensartado por el vientre si Brigitte no hubiera saltado hacia atrás, rodando sobre sí misma para ponerse inmediatamente en pie, correr hacia la valla y saltarla limpiamente, apoyando solamente una mano en el borde.

Los otros tres trotaban hacia Benjumea, que estaba en el centro del ruedo, como clavado en la arena. Reaccionó al ver a Brigitte fuera de peligro, y aún tuvo tiempo de largar por la izquierda al más cercano de los toros. El segundo se distrajo hacia otro lado, con aquella volubilidad característica... El tercero enganchó con el pitón derecho la camisa de Benjumea, y la arrancó, convertida en un trapo, derribando al matador... Lo cual pareció llamar la atención del segundo, que se lanzó hacia él, los cuernos a ras de arena...

—¡Toro...! ¡Ejé, torooo...!

Uno de los peones desvió al animal de un capotazo, mientras tres o cuatro ayudaban a Benjumea a ponerse en pie y corrían hacia las tablas.

—¡Porfirio, déjalo ya! —gritó Benjumea.

En menos de tres segundos, los toros y la vaquilla eran dueños y señores de la placita, mirando a todos lados, amenazando las tablas con el testuz bajo...

Todavía pálido, pero completamente sereno, Héctor Benjumea se acercó a Brigitte, cuya palidez era ciertamente notable.

—¿Está usted bien, señorita Montfort?

—Creo que sí... No lo sé, la verdad. Pero si esto es una broma, señor Benjumea...

Crisanto llegó corriendo, más pálido que Brigitte y Benjumea juntos.

—Don Héctor... —tartamudeó—. No sé lo que ha pasado... Virgen del Poder, esto ha podido ser una catástrofe... ¡Le juro que los toriles estaban bien cerrados, don Héctor! ¡Se lo juro por mi madre, por la Virgen del...!

—Ya está bien —musitó Benjumea—. Pero si los toriles estaban cerrados, dime

cómo han llegado esos cinco toros a la plaza.

—¡No lo sé! ¡Le juro que no lo sé, don Héctor! ¡Yo lo preparé todo bien, usted me conoce...! ¡Le juro que todo estaba cerrado, menos la salida para la vaquilla!

Benjumea estuvo unos segundos mirando fijamente a Crisanto. Luego, sin decir palabra, se dirigió a los toriles, por el pasillo elevado. Brigitte se fue tras él, mirando de reojo al atribulado y asustadísimo Crisanto.

Uno a uno, el matador y la espía fueron viendo los cerrojos de los diferentes compartimientos del toril. Y todos ellos estaban abiertos. Los toros solo habían tenido que salir, y deslizarse tranquilamente por el callejón de tablas hacia la placita.

—No es posible, no es posible —tartamudeaba Crisanto—. Le juro que todo estaba cerrado... ¡Por mi madre, don Héctor!

—Ya está bien, Crisanto. Cállate y ve a ayudar a los demás a encerrar los toros.

—Sí, don Héctor... ¡Virgen del Poder...!

Desde el pasillo elevado, la espía y el torero estuvieron viendo regresar a los toros, hacia los compartimientos del toril, empujados por las picas que manejaban los peones. En poco más de cinco minutos todo estaba en calma..., a excepción de los excitados comentarios de los peones.

—Lo siento de veras... —murmuró Benjumea—. No sé cómo disculparme, señorita Montfort.

—¿Ordenó usted que soltasen esos cinco toros?

—¡Claro que no!

—Entonces, no se disculpe —sonrió fríamente la espía—. Ya encontraremos a la persona que tendrá que hacerlo ante nosotros dos. Me imagino, señor Benjumea, que usted ha comprendido que han querido matarnos, asesinarlos a los dos. O a uno de los dos, sin importar lo que le sucediera al otro. Uno de sus peones ha abierto el toril.

—No... No, no, no es posible...

—Dígame entonces cómo pudieron cinco toros abrir los cerrojos de sus departamentos.

—Bueno, eso es imposible...

—Será mejor que volvamos a la casa. Parece que tendré que ducharme otra vez... ¿Le parece que usted y yo cenemos hacia las ocho? Así, cuando vengan el presidente y el primer ministro, podremos dedicarnos a beber champaña juntos, mientras hablamos de política.

—Es usted asombrosa...

—Parece que usted se va dando cuenta de ello —volvió a sonreír la agente Baby—. Y dentro de poco espero demostrárselo a alguien más. ¿Vamos a la casa? Por hoy ha sido suficiente lección de tauromaquia.

Capítulo IV

No cabía duda de que Héctor Benjumea era un hombre atento y amable. Habían ya cenado, en la arcada principal, y ahora, mientras tomaban café, había encendido un cigarro que despedía un aroma muy agradable, tan diferente de aquellos terribles y retorcidos que tanto parecían gustarle.

El matador llevaba un traje blanco, impecable, y se había puesto una elegante corbata, e incluso zapatos. Su personalidad era la misma así que con una blusa de peón y sandalias de paja: férrea, dura como el acero. Y sus grandes manos huesudas todavía destacaban más sobre la blancura de sus ropas. Por su parte, Brigitte se había puesto un vestidito corto, según la actual moda de noche, sujeto a los hombros por dos finísimos tirantes dorados; el escote era abismal, pero en absoluto carente de aquella elegancia y buen gusto que Brigitte Montfort tenía en todo momento. La espalda, recta y perfecta, estaba al descubierto casi hasta la cintura.

Estaba tan bellísima, tan natural, que Héctor Benjumea comenzaba a perder un poco aquella impassibilidad estoica tan peculiar en él. La miraba de cuando en cuando, y cuando Brigitte le sonreía, replicaba cortésmente, pero desviaba muy pronto la mirada...

Hacia las nueve, recién anocheado, ambos oyeron casi a la vez, con una ligerísima ventaja para la espía, la llegada de algunos coches. No menos de tres.

—Ahí llegan —dijo Benjumea.

—Y parece que no tienen miedo a las molestias de los toros... Creí que llegarían a caballo. Pero, claro, quizás eso no sería muy adecuado para un presidente.

Benjumea se puso en pie, mirando de reojo a Brigitte, dudando entre si esta hablaba en serio o un tanto irónicamente.

—Espero que todo vaya bien... —musitó—. Le gustará nuestro presidente.

—¿Como hombre, quiere decir?

—No creo que eso le interese en estos momentos. Estaba hablando del presidente de Andina, no de Alberto de Marquina.

—Entiendo. He visto fotografías de él, y me gustó su rostro. Parece inteligente y noble. ¿Qué me dice de Feliciano Sotos?

—Es inteligente. Un magnífico primer ministro.

—¿Le parece que podría llegar a presidente?

—No creo. Es muy eficaz, pero de esos hombres que no tienen capacidad para el contacto directo con el pueblo. Puedo equivocarme, por supuesto, pero creo que él jamás sería elegido. Le falta... la sonrisa del conductor de masas.

—Usted no sonrío demasiado.

—Sé que sonrío poco. Pero todos los andinos me han visto sonreír alguna vez. Y les ha gustado. Poco, pero bueno. Además, saben que Héctor Benjumea jamás ha faltado a su palabra. Y me quieren.

—¿Insiste en decir que será usted elegido?

—Lo sabe todo el mundo.

—¿Incluso el actual presidente?

—Sí.

—Bien... Si ha de ser para el bienestar de los andinos, hasta yo empiezo a desearlo... ¿Debo ponerme en pie? —Sonrió.

Los tres coches, negros, grandes, brillantes, se habían detenido en el gran patio, cerca de la arcada principal. Del último de ellos se apearon media docena de soldados, que se distribuyeron rápidamente por el patio. El segundo coche dio la vuelta y salió, sin detenerse, tras convencerse el oficial que lo mandaba de que todo estaba bien allí dentro, y por tanto convenía vigilar al otro lado de las tapias blancas con tejas rojas.

Del primer auto descendió un suboficial, que abrió rápidamente la puerta derecha de atrás y saludó aceptablemente...

—Usted debe de conocer los protocolos, sin duda —musitó al fin Benjumea—. Sabe muy bien si debe levantarse o no ante un presidente.

Brigitte se puso en pie, sonriendo, y se acercó al borde de la arcada, mientras Benjumea acudía al encuentro de los dos hombres que se habían apeado del coche. Pudo reconocerlos enseguida como Alberto de Marquina, con su barbita tan seria, y Feliciano Sotos, ancha la nariz, grande y agresiva la boca. Tío Charlie le había mostrado muy buenas fotografías de ellos. Los dos hombres estrecharon la mano a Benjumea, que los llevó bajo la arcada, donde esperaba, sonriente, la más bella espía del mundo y de todos los tiempos: la divina Baby.

—La señorita Montfort —presentó Benjumea—. Feliciano Santos, nuestro primer ministro. Y don Alberto de Marquina, presidente electo y en funciones de Andina.

Feliciano Santos estrechó secamente la mano de Brigitte. El presidente tuvo la gentileza de sonreír e inclinarse ante la mano de la espía como si fuese a besarla.

—Si su labor profesional está a la altura de su belleza, señorita Montfort, estoy seguro de que Andina está de enhorabuena.

—Es usted muy amable, señor presidente. Le aseguro que nada me placería tanto como colaborar en la solución de este inminente conflicto que podría ocasionar miles de muertos.

—Un triste asunto... Por favor, siéntese. —Brigitte se sentó, y Marquina hizo lo propio, siendo luego imitado por Sotos y Benjumea—. Lo asombroso del caso es esa... impaciencia. No la comprendemos aquí, en el continente. Islas Coronadas obtendrían de todos modos su independencia antes de un año, o muy poco más, en el peor de los casos. Sin embargo, nos consta que están preparando un desembarco en la costa continental para fecha muy cercana.

—¿Está completamente seguro, señor presidente?

—Desde luego. Feliciano tiene a su cargo un... pequeño servicio de espionaje, por llamarlo de alguna manera. Y no cabe duda de que las noticias enviadas al Ministerio por esos hombres son ciertas. Las tropas de Islas Coronadas, reclutadas un

tanto... irregularmente, están en isla Corbacho, esperando, preparándose. Ni siquiera llevan uniforme, naturalmente. Son simples rebeldes. Parece que hay más de dos mil. Con lanchas, ametralladoras, morteros... —Alberto de Marquina sonrió tristemente—. Por fortuna, en armamento ellos son tan pobres como nosotros.

—Lo cual no impediría muchas muertes.

—No... No lo impediría, ciertamente. En resumen, señorita Montfort, la situación es la que acabo de explicarle en pocas palabras. Está claro que nosotros, los andinos continentales, no pensamos atacar jamás las Islas Coronadas, pero si ellos nos atacan...

—Entiendo. Parece que la situación está bastante clara... ¿Han intentado hablar con Odón Salvatierra, el dirigente de la colonia?

—Naturalmente. Pero no hemos recibido respuesta a nuestras repetidas proposiciones. Es más: se asegura que Odón Salvatierra no está en las islas.

—¿No? ¿Dónde está, entonces?

—Bueno... Él es un hombre muy estimado, tanto en las islas como aquí. Su desaparición de las islas nos hace temer que esté en Andina, buscando adeptos a su causa, para que le ayuden desde el continente... Tiene muchos y muy buenos amigos.

—¿Podría citarme algunos?

Marquina hizo una seña a Feliciano Sotos, que sacó un abultado sobre y lo tendió a la espía, explicando:

—Nos pareció conveniente redactar un completo informe de todos los puntos conocidos por nosotros.

—Magnífico. Y... Bien, supongo que antes de tomar yo una decisión... o una simple opinión, debería recibir también un informe de los motivos que impulsan a Odón Salvatierra a esta rebelión. ¿Están seguros de que no podría localizarlo si fuese a las islas?

—Ya le hemos dicho que parece que no está allí. Y si estuviese, es probable que se negase a dar cualquier clase de explicación.

—Quizás el señor Salvatierra no ha pensado en lo poco que duraría su... ejército si viniesen a estos lugares tropas de la ONU. Es una lástima que un hombre que parece inteligente esté haciendo lo posible por malograr la cercana independencia de Islas Coronadas. Parece incluso absurdo, ¿no es cierto?

—Lo parece, sí. Pero, mientras tanto, unos dos mil hombres se están reuniendo en isla Corbacho, con armas y embarcaciones.

—Me gustaría ver esa concentración de fuerzas, señor presidente.

¿Disponen de algún helicóptero?

—Podríamos...

Todos alzaron la cabeza, vivamente, al oírse los disparos fuera de las tapias de la hacienda. Primero fueron dos, luego tres o cuatro. Y, finalmente, un fuego graneado que duró apenas cinco o seis segundos.

Héctor Benjumea había sido el primero en ponerse en pie, muy pálido. Marquina

y Sotos también se pusieron en pie, nerviosos, preocupados. La espía internacional se limitó a mirar, fruncido ligeramente el ceño, hacia la gran puerta de entrada; los soldados que habían estado en el patio corrían hacia allí, alzados los fusiles.

—Parece que algo no va bien —dijo tranquilamente Brigitte. Los tres hombres la miraron, alterados.

—Iré a ve... —dijo Benjumea.

—No te arriesgues, Héctor —aconsejó Feliciano Sotos.

Benjumea casi lanzó una carcajada y se fue hacia allá. Verdaderamente, resultaba divertido aconsejar a un hombre que había matado cinco mil toros que no se arriesgase.

—Creo que yo también iré —sonrió Brigitte—. Quizá me entere de algo que me ayude en mi misión en Andina.

—Iremos todos —susurró Marquina—. Parece que todo ha terminado ya. No se oyen disparos.

Salieron del patio los tres y se dirigieron hacia donde se veía el grupo de soldados, ante un espeso arbolado que formaba como una mancha negra en aquella tierra plateada por la luna. Cuando llegaron allí, Héctor Benjumea estaba arrodillado en el suelo, junto a un hombre que tenía el pecho lleno de sangre, los ojos abiertos y fijos, la boca crispada... Cerca de su mano derecha había una pistola. Y un poco más allá se veía otro hombre, parecido a él en rasgos generales. Estaba tendido de lado, con sangre en el pecho y la espalda. No había soltado su pistola, que empuñaba fuertemente con su mano crispada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marquina con voz tenue. El oficial se adelantó, saludando enérgicamente.

—Vimos movimiento aquí, señor presidente, y dimos el alto... Entonces, dispararon ellos, y yo ordené a mis soldados que abriesen fuego.

—Es posible que fuese una emboscada contra ti, Alberto —musitó Feliciano Sotos.

—Uno de ellos tenía cerca esta pequeña maleta, señor ministro. Si le parece que la abramos para...

—¡No! —exclamó Sotos—. Quizá contenga bombas, o algo parecido. Posiblemente, querrían lanzar algunas al coche del presidente... Nadie debe abrir esta maleta, capitán Saldaña. La llevaremos al Ministerio, y el jefe de Armamento se encargará de ella.

Brigitte lanzó un vistazo a la maleta. Era de piel, muy sólida, y parecía pesar mucho. Pero, en aquellos momentos, le interesaba más el tenso, casi angustiado rostro de Héctor Benjumea, cuyos negros ojos iban de uno a otro cadáver.

—¿La llevamos a su coche, señor ministro?

—No, no... ¡No! Déjenla, de momento, en el coche de usted, fuera de la hacienda.

El capitán Saldaña parpadeó un instante.

—A la orden, señor ministro.

Por supuesto, no se atrevió a hacer el menor comentario. Y tampoco creyó conveniente hacerlo Brigitte, a pesar de que el miedo, la cobardía de Feliciano Sotos fue evidente para todos. Si aquella maleta contenía algo que pudiese explotar, no la quería en su coche. Pero sí donde irían luego seis soldados andinos...

—Que se quede un soldado vigilándola —añadió Sotos.

—A la orden. ¿Qué hacemos con los cadáveres?

—Llévenlos también al coche. Y aparte del soldado de guardia, que nadie se acerque demasiado, por si hay explosión. Dejaremos el coche aquí, con la carga, y avisaremos por teléfono a Ciudad Andina, para que venga el jefe de Armamento y examine aquí mismo esa maleta. Así, nadie correrá peligro.

Muy astutas y convenientes palabras, que tranquilizaron a los soldados y disiparon casi totalmente el mal sabor que habían dejado las anteriores.

Un soldado se hizo cargo de la maleta, sosteniéndola no poco asustado, y la llevó hacia el coche que se veía junto a la alta tapia rematada con tejas rojas. Los otros soldados se dispusieron a alzar los cuerpos de ambos hombres...

Y cuando se los llevaban, Feliciano Sotos los señaló.

—Juraría que he visto antes a uno de esos hombres, Héctor... ¿No trabajan en tu hacienda?

—Sí. Trabajaban los dos —musitó Benjumea—. Se despidieron hace quince días.

—¿Se despidieron?

—Así es. Sus nombres son Paco Morales y Luis Arévalo.

Brigitte entornó los ojos para mirar atentamente al matador. ¿Paco y Luis? ¿Acaso no eran estos los nombres que se habían mencionado en el mensaje por heliógrafo que Benjumea había recibido aquella tarde? La privilegiada memoria de la espía recordó algunas de las palabras de aquel mensaje: «... no fue posible anoche ni anteanoche. Sin embargo, hoy volverán a intentarlo, y esperamos que pueda conseguirse». ¿Qué habían esperado conseguir? ¿La muerte de Alberto de Marquina, quizá? ¿Y quizás estaba Héctor Benjumea al corriente de estos atentados?

—Creo que estamos todos un poco afectados —dijo de pronto Brigitte—. Volvamos al porche, señores, si les parece bien. Nuestra conversación todavía no había terminado. Y, además, me permití... traer conmigo algo que expresará mi buena voluntad hacia todos.

—¿Qué es ello? —indagó casi acremente Benjumea.

—Champaña.

Los hombres se quedaron mirándola incrédulamente, pero Brigitte se asió de un brazo del presidente y echó a andar hacia la casa.

—Creo que ahora más que nunca, señor presidente, se impone un brindis con buen champaña.

—¿Más que nunca? ¿Qué clase de brindis?

—Podríamos brindar para que esos dos hombres sean los únicos en morir en todo

este asunto.

—Es un magnífico brindis —casi sonrió Marquina.

—Mañana, con un poco de suerte, espero localizar a Odón Salvatierra..., y le llevaré también una botella, para brindar con él. Espero que todos comprendan que mi buena voluntad es general, no hacia un bando solamente. Yo espero que todos prefieran mi champaña a las tropas de la ONU.

—Creo que tuve razón cuando dije que usted es una perfecta «public relations» —musitó Benjumea, caminando a su lado.

—Solo doy a elegir. Los rusos, en cierta ocasión, se preguntaron: «¿Cañones o mantequilla?». Yo llego más allá todavía. Mi pregunta es: «¿Cañones... o champaña?». Yo espero que dos muertes pongan a todos sobre aviso, y creo... creo que no toleraré muchas más, señores. En la ONU están esperando mi informe.

—Aceptamos el champaña... —dijo Marquina—. Usted es realmente admirable, señorita Montfort. Sin embargo, insisto en que si somos atacados...

—Seguiremos hablando de eso dentro de unos minutos. Me ha entrado un poco de frío, de modo que subiré a por un chal... Y avisaré a Lucía que sirva el champaña, mientras tanto. Le pedí esta tarde que lo pusiera en el refrigerador, de modo que estará... deliciosamente fresco. Recapaciten, señores: cañones o champaña.

Lucía estaba en la gran puerta de la terraza principal, mirando con ojos muy abiertos a Benjumea, que la ignoró. Brigitte le pidió que sirviera una de las botellas que le había entregado aquella tarde, así como las guindas, y subió a su habitación, lánguidamente.

Entró, cerró la puerta, y sin dar la luz se dirigió a la ventana. No le gustó el panorama de los tres hombres abajo, en la arcada, de modo que volvió sobre sus pasos, dio la luz de su dormitorio y salió de este, deslizándose a toda prisa hasta el fondo del pasillo. Entró en otro dormitorio, sin encender la luz, fue a la ventana, se asomó y sonrió. Vía libre.

Se quitó los zapatos y el vestido, quedando solo en sujetadores y pantaloncitos, y se descolgó por la ventana con su felina agilidad; tuvo que saltar desde una altura aproximada de seis pies, pero eso era fácil para ella. Inmediatamente, tuvo que esconderse entre un macizo de flores, para evitar ser vista por el soldado que pasó muy cerca, vigilando el interior del gran patio. En pocos segundos, el soldado se alejó... Y siempre con su ágil velocidad, Baby se encontró junto a la tapia de la hacienda, bastante alejada de la casa. Tuvo que encaramarse a un árbol, para, desde allí, saltar a lo alto de la tapia, sobre las rojas tejas. Un nuevo salto la colocó fuera de la hacienda propiamente dicha, pero, desde luego, aún dentro de la gran extensión alambrada que constituían los terrenos de seguridad, sin toros, de La Capea.

No tuvo la menor dificultad para deslizarse junto a la tapia, siempre a toda velocidad, controlando los segundos. No era tiempo lo que le sobraba... Cuando se detuvo, estaba a menos de doce yardas del coche donde estaban los dos cadáveres y la pequeña maleta... con el joven soldado manteniendo una prudente distancia entre

él y el coche.

Baby avanzó acuclillada hacia allí, siempre buscando la protección visual de las abundantes matas ásperas que crecían pegadas a la tapia. En diez segundos, estuvo detrás del soldado, que solo tenía ojos para el coche.

Ni un solo sonido alertó al muchacho respecto al peligro que le llegaba por detrás. La esbeltísima figura dorada se irguió junto a su espalda, la manita derecha de Baby se alzó... y cayó con fuerza en la nuca del soldado, que apenas emitió un ahogado gemido. Quedó de pie, sostenido por la espía, que tras unos segundos de espera le llevó hacia la sombra de la tapia. Lo dejó sentado allí, se deslizó hasta el coche, abrió silenciosamente la portezuela...

Una delicada manita se cerró firmemente sobre el asa de la pequeña y pesada maleta...

* * *

Los tres hombres se pusieron cortésmente en pie cuando la señorita Montfort reapareció en la terraza, impecable, sin una sola mota de polvo en su vestido, maravillosa con su dulce sonrisa, arrebujándose en un bonito chal, de Cachemira, naturalmente.

Héctor Benjumea la miró, fruncido el ceño.

Estaba extrañado de que una mujer de aquel temple que él había ya vislumbrado, tuviese frío en una calurosa noche tropical, cerca del mar...

—Sigo teniendo un poco de frío —dijo ella distraídamente—. Pero creo que es más por la impresión de lo sucedido. Oh, tenemos ya aquí el champaña.

Benjumea desarrugó el ceño. Feliciano Sotos señaló el transparente recipiente que contenía aquellas bolitas color rojo claro.

—¿Y esto?

—Son guindas, señor Sotos. ¿Nunca ha probado el champaña con guindas?

—Pues... no. Francamente, no.

—Es delicioso. En cuanto a la marca del champaña, espero que merezca la aprobación de ustedes... Perignon 55. De lo mejor. Permítanme.

Sirvió las cuatro copas, alzó la suya, y sonrió.

—No más muertes, caballeros. ¿Están de acuerdo?

Los tres hombres asintieron con la cabeza y bebieron un sorbo de champaña...

—Magnífico... —aprobó Marquina—. En verdad magnífico.

—No se deje la guinda, señor presidente —rio la espía—. Es muy especial su sabor, remojada en champaña.

La guinda fue saboreada por los tres hombres, que hicieron comentarios elogiosos, si bien los de Héctor Benjumea resultaron un tanto secos, forzados. No estaba de buen humor, era evidente. Lo era al menos para la agente Baby, que sentía ahora mucho interés por él.

—Respecto al helicóptero, señor presidente...

—Oh, sí. Bien... Creo que podremos disponer de uno, desde luego. ¿Qué piensa hacer?

—Saldré mañana, no demasiado temprano. Quiero sobrevolar esas islas, ver las... tropas rebeldes, y, si es posible, aterrizaría en Coronada, para visitar a Odón Salvatierra.

Marquina y Sotos cambiaron una mirada de alarma.

—Señorita Montfort... Quizás eso sea muy peligroso. Nosotros no podemos garantizarle que respeten el helicóptero, y...

—No se preocupen por mí, caballeros. ¿Cuento con el helicóptero?

—Sí, desde luego. Puedo enviar un coche a buscarla, por la mañana, y la llevarán al Aeropuerto Militar, si le parece bien.

—¡Espléndido! Bueno... —Sonrió—. Tengo la impresión de que ustedes no están muy seguros de que yo esté... capacitada para opinar sobre este asunto.

—No, no... Es solo que creemos que un hombre, dadas las circunstancias de peligro, quizá resultaría más adecuado.

—Espero poder demostrarles lo contrario. Y, con champaña con guindas o sin champaña, convenceré a Odón Salvatierra para... ¿Qué ocurre ahora?

Se oían voces excitadas, y dos de los soldados del patio salían corriendo, fusil preparado. De nuevo fue Benjumea el primero en ir a enterarse de la novedad, seguido sin más comentarios por la espía y los dos políticos principales de Andina.

El capitán Saldaña salió al encuentro de ellos, crispado el rostro, conteniendo su furia a duras penas.

—Han atacado al soldado de guardia, señor presidente. Le hemos encontrado tendido en el suelo... Está volviendo en sí ahora. Y la maleta con las armas o bombas ha desaparecido. No está en el coche...

Todos siguieron hacia allí. Dos soldados estaban ayudando a ponerse en pie al que había sido atacado, que ya había abierto los ojos, pero no parecía enterarse muy bien todavía de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué te ha pasado? ¿Viste a alguien? —preguntó Saldaña.

—¿A alguien...? No... No sé... No, mi capitán...

—¡Pero sabrás qué ha ocurrido! —Casi gritó Saldaña.

—No... No, mi capitán... No sé nada. Yo... estaba vigilando el coche, y... y me golpearon por detrás... No sé nada más...

Feliciano Sotos estaba mirando dentro del coche. Cuando se irguió, asintió con la cabeza hoscamente.

—La maleta no está, Alberto.

—Bien... Alguien ha querido recuperar sus bombas, según parece. Démonos por satisfechos con que hayan respetado la vida de este muchacho. Déjelo tranquilo, capitán. Y ocúpese de organizar el regreso. Por hoy, ya han ocurrido demasiadas cosas.

—¡A la orden, señor presidente!

Pocos minutos después, los tres coches se alejaban, y Brigitte y Héctor Benjumea quedaban nuevamente solos en la terraza.

—Todavía quedan un par de copas —dijo Brigitte—. Y guindas suficientes para todas las botellas que he traído. Cuatro nada más. ¿Le sirvo, señor Benjumea?

—No, gracias.

—Parece... decaído. En verdad, creo que empieza a hacer un poco de fresco. Seguramente, estaríamos mejor dentro. En su dormitorio, por ejemplo. Es posible que allí le encontrase más gusto... al champaña.

Benjumea se quedó mirando fijamente, tras el sobresalto, a la bellísima espía internacional.

—¿En mi dormitorio? —musitó.

—¿Por qué no? —Sonrió ella—. Me gustaría entrar allí, ver cómo es, dónde duermes... Pero, Héctor, si la idea no es de tu agrado...

—Se está burlando de mí —susurró fríamente el matador.

—¿Eso crees? —Brigitte acabó de escanciar champaña en sus dos copas, con la guinda en el fondo, y las alzó—. Supongo que eres de los hombres que no crees en nada hasta que lo tienes. Te espero arriba, Héctor Benjumea.

Y se fue, lentamente, con una copa de champaña en cada mano.

Capítulo V

Héctor Benjumea quedó unos segundos como clavado en el umbral de su dormitorio. Luego, entró, y cerró tras él, suavemente, sin alterarse lo más mínimo.

Por fin, quedó plantado delante de Brigitte, que se hallaba sentada a los pies de la cama, sonriendo, con las copas en alto, como quien ha tenido en todo momento la seguridad de conseguir su propósito.

—¿Champaña con guinda? —musitó ella, invitadora.

Benjumea se inclinó, acercando su seca y recia boca a la de la agente Baby. Quizá fue una prueba por la que quiso hacer pasar a la espía, pero esta no se movió; por el contrario, sus labios parecieron dulcificarse aún más, se entreabrieron... Y Héctor Benjumea, antes del champaña, decidió beber en aquella fresca promesa.

Fue un beso largo, durante el cual Brigitte no se movió, sosteniendo las dos copas de champaña. Cuando el beso terminó, el matador de todos suspiró profundamente, y se apartó, enderezándose.

—Siempre te he estado esperando —susurró.

—Entonces, debes estar feliz por mi llegada, Héctor.

—Feliz, pero incrédulo. No soy hombre que ame fácilmente.

—Haces muy mal. De un modo u otro, hay que amar. Amar siempre, Héctor. A todo el mundo.

—Yo estaba hablando de otro amor. Del amor entre un hombre y una mujer.

—También ese amor es hermoso —admitió Brigitte—. Por favor, querido, me están doliendo los brazos.

El torero tomó la copa, sonriendo de aquel modo brillante y blanco, súbito, juvenil. Bebieron los dos, mirándose fijamente. Y así, bebiendo y mirándose, Brigitte llevó una mano tras ella, y la sacó de nuevo sujetando la pequeña maleta de piel sólida, espesa, fuerte... El matador de toros se atragantó un instante con el champaña, y tuvo que retirar precipitadamente la copa de sus labios. Después de mirar la maleta con ojos desorbitados, sus negros ojos se clavaron en los de la dulce señorita Montfort.

—La maleta... ¿Cómo la tienes tú? —exclamó.

—La robé —sonrió ella.

—¿La...? ¡¿Tú se la quitaste al soldado?! —

—Por supuesto, querido. Sin embargo, eso es lo menos importante del asunto.

—¿Tú atacaste a un soldado y lo...?

—Dejemos eso, te lo suplico, Te aseguro que no tuvo la menor importancia. Solo quiero que me digas quiénes eran exactamente Luis Arévalo y Paco Morales. También quiero que me digas quién era Gilberto, el hombre que murió en la playa de una de las islas. Y, por último, quiero que me digas quién te envió el mensaje esta tarde por medio de un heliógrafo. Después de saber todo eso, es posible que empecemos a entendernos.

—Sabes lo del mensaje... ¡Lo viste!

—Así es. ¿Sabes lo que contiene esta maleta, Héctor?

—Sí.

—Yo también. ¿Quieres abrirla, por favor? Naturalmente, no contiene bombas —rio Brigitte maravillosamente—. Los dos lo sabemos. Ábrela.

Se puso en pie y se apartó un par de pasos, con la copa de champaña entre sus deditos.

Héctor Benjumea se acercó a la maleta, y la abrió; cosa que no resultó difícil, ya que el cierre había sido forzado anteriormente por unas expertas manos femeninas.

Efectivamente: no había bombas, ni armas, ni explosivos de ninguna clase. Solamente piedras. Piedras.

—Son unas hermosas muestras... —musitó Brigitte—. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Hace tiempo... ¿Tú sabes de qué son estas piedras?

—Oh, vamos, Héctor... ¿Estás suponiendo que soy una mujercita bonita, pero tonta e inculta? No necesito ninguna clase de análisis para saber que estas muestras de mineral son de pecblenda, o uranitita, como prefieras. Resumiendo, uno de los minerales más ricos en uranio que puedan encontrarse en el planeta Tierra. ¿Exacto?

—Exacto.

—¿Son de Islas Coronadas?

—Sí.

—¿Hay mucha uranitita en Islas Coronadas?

—Miles de toneladas.

—Es fantástico... ¿Te das cuenta? La explotación de estos yacimientos de mineral de uranio convertirán a Islas Coronadas en uno de los países pequeños más ricos del mundo. Algo fabuloso. ¿No querrías contármelo todo, Héctor?

Héctor Benjumea quedó pensativo unos segundos, contemplando la guinda que había en el fondo de la copa. De pronto, tiró esta furiosamente a un rincón del dormitorio, y su rostro se oscureció en una mueca de disgusto, de preocupación.

—¡Todo ha salido mal! ¡Todo! Éramos muy pocos contra demasiados... Ha sido una tontería por mi parte... Ya han muerto Gilberto, Paco, Luis... ¡No quiero seguir adelante, si ha de costar más vidas!

Brigitte dejó su copa y tomó las manos del torero.

—Cálmate... —Sonrió—. ¿Era Odón Salvatierra quien te envió el mensaje esta tarde?

—No pienso decirte nada más. Te ha enviado la ONU, para que trabajes, para que observes, para que informes, ¿no es eso? ¡Pues haz tu trabajo por ti misma!

—Siempre lo hago. No seas tonto, Héctor. Vosotros, vuestros pequeños y graciosos complots son juegos de niños para mí. Me ocurrió una vez algo parecido, y lo solucioné fácilmente.

—Según parece, la ONU confía mucho en...

—Deja a un lado la ONU, ahora. Se trata de hacer lo que sea más honrado y

conveniente para tu patria. ¿No es precisamente eso lo que tú quieres?

Benjumea miraba fijamente a aquella extraordinaria mujer.

—¿Qué podrías tú hacer por Andina? —inquirió.

—Ayudarte Según parece, han muerto ya tres hombres. ¿Por qué dejar que las cosas sigan adelante? Piénsalo bien. Esos rebeldes que...

—¡No hay tales rebeldes! ¡Es mentira!

—¿Mentira?

—Los han engañado. Esos dos mil hombres están siendo engañados. Ellos están convencidos de que Andina no va a consentir la independencia de sus islas, y que vamos a invadirlos. Por eso, dos mil estúpidos se están concentrando en isla Corbacho, al mando de unos traidores, para contener la supuesta invasión. Al mismo tiempo, se ha hecho creer al mundo que son los de Islas Coronadas quienes quieren invadir la costa continental. Una guerra, eso es lo que quieren. Una rebelión, que le costaría a Islas Coronadas veinticinco años más de colonialismo.

—Entiendo la jugada. ¿Odón Salvatierra te pidió ayuda?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué a ti, que según parece dentro de unos meses serás presidente de la metrópoli?

—Odón y yo somos viejos amigos. Él sabe muy bien que en cuanto yo sea presidente, mi primer decreto será el de la independencia de Islas Coronadas. Para entonces, él habrá hecho ya comprender a sus queridos isleños que el futuro de las islas está en Andina.

—Es decir, que en cuanto seas presidente concederás la independencia a las islas. Acto seguido, Odón Salvatierra pedirá la anexión como territorio legal con plenos derechos patrios. ¿Exacto?

—Exacto.

—Es una elegante jugada la que ambos pretendéis, Héctor. Pero supongo que es en beneficio de todos.

—¿Podría ser de otro modo? Te diré lo que ocurriría en cuanto el mundo supiese que Islas Coronadas están rebosando de mineral de uranio: los países más importantes las abrumarían con tratados, con sugerencias de toda clase, con ofertas y contraofertas. En pocas semanas, el más flamante país independiente del mundo se convertiría en un caos. Por eso, Odón Salvatierra y los hombres más importantes de Islas Coronadas quieren esperar a que yo sea presidente para unirse a nosotros. Todo eso de la rebelión es una sucia jugada que alguien ha inventado para conseguir que las islas sigan siendo una colonia durante veinticinco años más. Como tal colonia, Islas Coronadas serían explotadas durante veinticinco años, sin tener en cuenta nada que no sea su producción de uranio, su riqueza.

—Entiendo eso. Sin embargo, siendo tú presidente de Andina y sus colonias, supongo que podrías poner cierto orden en esa explotación, ¿no es así?

Héctor frunció el ceño.

—Mucho me temo que no llegaré a la presidencia —murmuró.

—Ya comprendo. Los cinco toros... No eran para mí, sino para ti. Querían matarte. A ti, Héctor, no a mí. Un «accidente» para eliminar al único hombre que podría derrotar en las próximas elecciones a Alberto de Marquina. Muerto tú, todo seguiría normal, ese conato de guerra se produciría, las islas seguirían siendo una colonia durante veinticinco años más, y alguien se aprovecharía de ello. Por eso, quieren que mueras.

—Exactamente. Conocen mis propósitos, sin duda. Saben que yo sería presidente, que colocaría a Odón como primer ministro... Y quieren evitar eso. Solo quieren explotar las islas... en beneficio propio, naturalmente. No harían nada por las islas, ni por Andina... Darían unas migajas a cambio de cientos de millones de dólares, o rublos, o libras...

—Es una jugada tan inteligente como la tuya. Pero me pregunto quién puede estar dirigiendo todo este asunto, Héctor.

—Feliciano Sotos.

—¿El primer ministro? ¿Estás seguro? Benjumea vaciló visiblemente.

—No —murmuró—. No estoy seguro.

—Entonces, hay que tener mucho cuidado con lo que se dice. Y todavía más cuidado con lo que se hace.

—¿Quién otro puede ser?

—Alberto de Marquina, quizás.

—¡Esta es buena! Ese hombre no tiene la suficiente imaginación para todo esto, Brigitte.

—Bien... Ya encontraremos al culpable. Hay que tener también en cuenta a tu amigo Odón Salvatierra, que quizá tenga en marcha una sucia jugada en la que te esté utilizando... para conseguir rápidamente la independencia de las islas y ser por tanto el mayor beneficiado.

Héctor Benjumea pareció recibir un mazazo en el pecho.

—¿Odón? No... ¡Oh, no, no...!

—Si dentro de unos meses tú eres presidente, él conseguirá de inmediato la independencia de Islas Coronadas, ¿no es así? Y quizá luego «se olvide» de pedir la anexión formal y total con Andina.

El matador había palidecido, y miraba con expresión casi desorbitada a la espía.

—No... No, no... ¡No!

—Querido, tú no conoces las asquerosidades que inventan algunas personas.

—Pero Odón no... ¡No! Además, si está deseando que yo sea el presidente de Andina para conseguir la independencia de las islas... ¿por qué querría matarme, entonces?

—Quizá sea solo una jugada más, para alejar tus sospechas de él. Yo supongo que hay mejores medios de matar a Héctor Benjumea que ponerle delante de unos cuantos toros. Después de siete cornadas, creo que Héctor Benjumea sabe muy bien cómo

zafarse de unos cuantos toros con cuernos... ¿Sí o no?

—Nunca sabe nadie cómo escapar de los toros —sentenció Héctor.

—Pero es absurdo querer matar con toros a un torero. Hay mil medios mejores. Es como pelear con un tiburón en el mar. ¿Por qué no sacar al tiburón de su elemento, y cortarle cómodamente la cabeza?

—No —musitó Benjumea—. Odón, no, Brigitte... Mil veces no.

—Entonces, habrá que buscar otro culpable. O varios, que hayan unido sus intereses. Dime, Héctor, ¿cuál es la historia de esta maleta con uranitita?

—Yo envié a uno de mis fieles peones a las islas, a conseguir precisamente estas piedras, para comprobar que todas las islas contenían mineral. Pero lo mataron al llegar a la playa, donde le estaban esperando Paco Morales y Luis Arévalo con equipos de hombre-rana, para recogerlo y llevarlo a una barca con la cual llegarían luego hasta el continente. Antes de morir acribillado, Gilberto Sierra, mi peón, tiró la maleta al mar, y Paco y Luis la recogieron y escaparon. De eso hace tres noches, pero tuvieron dificultades para desembarcar, y no han podido acercarse a mí hasta esta noche... En mala hora.

—¿Estás seguro de que Odón Salvatierra es ajeno a esto?

—Sí. Sí, estoy seguro. Además, no tendría lógica. Él sabe que Gilberto Sierra, Paco Morales y Luis Arévalo eran de mis mejores hombres, de los más fieles. ¿Por qué matarlos para impedirles traerme unas muestras de mineral, si él mismo me dijo que había uranitita en las islas?

—Claro. Y otra cosa —reflexionó Brigitte—: si Paco Morales y Luis Arévalo se escondían para que no los viesen Sotos y Marquina, debía de ser porque no se sentían seguros con ellos, ¿no te parece?

—Ya te he dicho que sospechamos de Feliciano Sotos. Era natural, por tanto, que Paco y Luis esperasen a que se marcharan para venir a entregarme, por fin, la maleta con las piedras.

—Bueno... Parece que tenemos que encontrar a dos hombres, para que esto se aclare.

—¿Dos?

—Uno: quien dirige todo esto. Dos: el peón que abrió las puertas del toril. ¿Sabes dónde está exactamente Odón Salvatierra?

—Sí.

—Iremos a hablar con él. Pero no ahora, es demasiado temprano. Una buena hora serán... las dos de la madrugada, por ejemplo. ¿Tiene Odón una lancha?

—Sí, desde luego.

—Magnífico. Parece que disponemos de más de tres horas antes de ponernos en marcha.

—¿Adónde piensas ir?

—¿Ahora o luego?

—Luego.

—Posiblemente, a las islas.

—¿Y... ahora?

—Bueno... Ahora, realmente, me pregunto por qué tengo que ir a ninguna parte, matador...

Capítulo VI

La sombra apareció en la ventana, recortándose allí apenas un par de segundos. Pasó por sobre el alféizar rápidamente, dejándose caer al suelo. Con él, con el hombre, entró una ráfaga de perfume de flores, y la brisa de la noche, agradablemente fresca.

A la izquierda tenía la cama, donde se veía el bulto, que se concretó rápidamente, definiéndose como el cuerpo casi desnudo de Héctor Benjumea. Se oía claramente su respiración, lenta, acompasada, profunda. Un ancho rayo de luna entraba por la gran ventana abierta, hacia el fondo del dormitorio del dueño de La Capea.

La sombra se movió sigilosamente, incorporándose. Hubo un destello brillante en su mano derecha. Llegó junto a la cama, pero se decidió a rodearla, para quedar más cerca de Benjumea. Y cuando estuvo junto al torero, la mano se alzó, con el largo y ancho cuchillo en ella, dispuesta a asestar la feroz cuchillada.

Otra sombra se movió, detrás de la primera. Una sombra más menuda, más ágil, mucho más perfecta. Un fino bracito pasó por la garganta del visitante asesino, veloz como un relámpago dorado, y el seco tirón hacia atrás arrancó un ronco gemido al hombre, que se revolvió, intentando desprenderse de aquel bracito de acero, y lanzando al mismo tiempo una cuchillada hacia atrás que, normalmente, habría encontrado el cuerpo de la persona que atacaba por la espalda.

Normalmente.

Solo que aquella persona, en cuestiones de aquella clase, no tenía nada de normal, y la cuchillada se perdió en el aire, con frío destello.

—¡La luz, Héctor! —jadeó Brigitte—. ¡Y no te acerques!

Benjumea había saltado de la cama, y en menos de dos segundos la luz se hizo en el dormitorio, mostrando al peón con la espía colgada de su espalda, apretando tenazmente. Benjumea saltó inmediatamente en ayuda de Brigitte...

—¡No, Héctor!

Demasiado tarde. El peón, desesperado, casi asfixiado ya, había lanzado una cuchillada, con la fuerza de la furia que sentía en aquel momento. La punta del acero rasgó la carne en un costado de Héctor Benjumea, que lanzó una exclamación, clavó la mano izquierda en la herida, y demostró que aquello no iba a impedirle insistir en su intervención.

Pero Brigitte obligó a girar al peón, que ahora volvía a lanzar sus cuchilladas hacia atrás... Y comprendiendo el riesgo que eso significaba, Baby soltó al hombre, de pronto, separándose de él un paso. El peón ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Las dos manitas de la espía, juntas, descargaron un terrible hachazo en los riñones, con tal fuerza que el peón cayó de rodillas, sin aliento, petrificado, abierta la boca, desorbitados los ojos. Un nuevo hachazo, ahora en la nuca, lo derribó de bruces.

Brigitte se volvió inmediatamente hacia Benjumea.

—Te dije que me lo dejases a mí —amonestó—. A ver esa herida...

—No es nada —musitó Benjumea, atónito.

La espía apartó la mano de sobre la herida, la miró un instante y frunció el ceño.

—Ve al cuarto de baño y ponte algo aquí.

—Brigitte, ¿qué clase de mujer eres?

—Bueno... Creo que de clase muy especial —sonrió ella—. Soy bonita, inteligente y peligrosa. Y también simpática. ¿O, no?

—Pero la... lo has vencido como... como si fuese un niño... Comprendo ahora que no debí intervenir... Lo comprendo..., y me resisto a creer lo que han visto mis ojos. Tú eres...

—Una dulce muchachita. Ve a curarte esa herida.

—No es nada. Las cornadas han sido siempre peores.

—Queridísimo Héctor —ella lo besó rápidamente en la boca—: un cuchillo, igual que un cuerno, puede matar a un hombre. No abuses de tu suerte, no te creas el invulnerable matador número uno del mundo... Eres solo un hombre —sonrió—. Lo sé. Ahora, ve a curarte. Y hazlo bien, porque la noche va a ser muy larga para nosotros. Me refiero fuera del dormitorio.

* * *

Cuando Héctor Benjumea salió del cuarto de baño, con una gasa y dos tiras de ancho esparadrapo sujetándola sobre la herida, Brigitte había ya amarrado sólidamente al peón, con tiras de sábana, Atado de tal modo que era poco probable que pudiera soltarse por sí mismo en menos de una semana... si antes no moría de sed y hambre.

—Es uno de tus peones, supongo.

—Sí... Obdulio Ferrán...

—¿Sospechabas de él?

—No... Bueno, hace un par de años tuve que amonestarle, pero ya lo había olvidado.

—Parece que él no lo ha olvidado. Además, naturalmente, le han pagado por hacer esto, y abrir esta tarde las puertas del toril a los toros. Es cierto que quieren matarte a ti, Héctor. Y yo sé bien que cuando empiezan los atentados, no terminan fácilmente. Así que decidí conceder unas horas a nuestro amigo del toril..., y aquí lo tienes. Hay prisa por acabar contigo, sea como sea, ya sin disimulos.

—Lo que no comprendo es cómo pudiste oírlo escalar la pared...

—Tengo un oído especialísimo. En cambio, Lucía parece tenerlo muy duro.

—No —musitó Héctor—. Ella sabía que estabas conmigo, y no se atreve a entrar.

—¿Confías en ella?

Héctor Benjumea pareció a punto de desvanecerse de asombro.

—¿En Lucía? —exclamó—. ¡Ella...!

—Está bien, está bien... Ve a buscar un vaso de agua, o lo que sea. Ayudaremos a este caballero a despertarse.

El peón despertó en un par de minutos, debido a la insistencia de la espía. Cuando

abrió los ojos, vio ante él a aquella damita de los inocentes ojos azules, y a Héctor Benjumea, que parecía perforarlo con la mirada.

—Hola, Obdulio —sonrió la damita—. Parece que has querido hacer una cosa muy fea esta noche. ¿Quién te pagó para eso?

—Nadie.

Benjumea le asió rudamente por la camisa, alzando la otra mano.

—¡Te voy a...!

—Calma, Héctor, calma —aconsejó suavemente Brigitte—. Primero, advertiremos amablemente al amigo Obdulio; luego, se atenderá a las consecuencias de su comportamiento. Vamos a ver, Obdulio: yo no soy una mujercita tonta y miedosa, como habrás podido comprobar. Ahora, te ruego que contestes pronto y bien a mis preguntas, porque ya son casi las dos de la mañana, y Héctor y yo tenemos cosas que hacer. ¿Entendido?

—No contestaré a nada.

Brigitte quitó el cuchillo de la mano de Benjumea, y pasó un dedito con exquisito cuidado por el agudo filo. Cuando miró de nuevo a Obdulio Ferrán, había una sonrisa en aquellos frescos labios sonrosados. Pero, cosa rara, no había ni asomo de sonrisa en los ojos, que parecían de hielo.

—Obdulio —musitó la espía—, te iré haciendo preguntas, y cada vez que no me contestes, te cortaré algo. Lo primero de todo, será una oreja. ¿Está bien claro? Pues ahora pregunto: ¿quién te pagó para que matases a Héctor Benjumea?

Obdulio Ferrán miró el cuchillo que tenía ante los ojos. Luego, sonrió despectivamente. ¿Acaso se iba a dejar asustar por una mujer?

Pero todavía estaba pensando esto cuando la mano derecha de la señorita Montfort se movió, velozmente..., y la oreja izquierda de Obdulio Ferrán cayó al suelo, limpiamente cercenada. De momento, Obdulio no notó nada... Incluso miró al suelo, y vio su oreja... Pero de pronto lanzó un alarido tal que debió de llegar hasta el último rincón de la extensísima hacienda de Benjumea. Un alarido que se atravesó en su garganta cuando la punta del cuchillo se apoyó en esta, ejerciendo una ligera presión.

—No me obligues a cortarte la lengua, Obdulio. Tendría que desatarte para que contestases por escrito, y...

La puerta del dormitorio de Héctor se abrió, y Lucía quedó en el umbral, asustada, muy abiertos los ojos..., que se desorbitaron cuando vio aquella oreja en el suelo, y el chorro impetuoso de sangre que brotaba de aquel lado de la cabeza de Obdulio. Afuera se oían voces de hombres, que llegaban desde el alojamiento de los peones...

—No es nada, Lucía. Ve abajo y... ¡Lucía!

La mujer reaccionó al grito de Benjumea. Parecía alucinada, y si no había gritado era sin duda debido al terror mismo, que parecía a punto de ahogarla.

—Ve abajo y diles a los peones que no ocurre nada. No quiero que nadie suba

aquí. ¿Está claro?

—Sí... Sí, Héctor...

—¡Deprisa!

La mujer salió de allí a toda velocidad, y Brigitte sonrió al gimoteante Obdulio, que estaba palidísimo y parecía a punto de desmayarse, desencajado el rostro.

—Muy bien, Obdulio... Según parece, tienes otra oreja. Y si es tan sorda como la primera, te la cortaré también, para igualar los dos lados de tu cabeza. Pero no soy tan perversa, querido Obdulio. Primero, te concederé una oportunidad. ¿Quién te pagó para matar a Héctor?

Alzó el enrojecido cuchillo, y Obdulio Ferrán abrió la boca.

—¡Feliciano Sotos, el primer ministro! —gritó.

—¿De verdad?

—¡Lo juro por todos los santos que...!

—Calla, calla, hereje... Dime, ¿qué tenías que hacer después de matar a Héctor?
¿Avisar a alguien, quizás?

—Sí. ¡Sí!

—¿Cómo, de qué manera?

—Desde la playa... Haciendo señales con una linterna...

—¿Hacia Islas Coronadas?

—Sí...

—¿Qué señal era esa?

—Tres... tres luces largas, una corta y dos largas...

—¿Y luego? ¿Qué tenías que hacer luego?

—Volver a dormir, como... como si nada hubiese... sucedido...

—Qué bien. ¿Está esperando Feliciano Sotos esas señales, en algún punto del mar?

—Sí.

—¿Y qué hará él cuando las vea?

—Creo... creo que irá... a isla Corbacho, en una lancha...

—Muy bien. ¿Ves, hombre? Ahora tendrías dos orejas si hubieses contestado a mis preguntas, de buenas a primeras. Claro que, para los que van a ser condenados a muerte, tanto da una oreja como dos. Ahora, tu patrón va a curarte como pueda esa oreja, para que aguantes vivo hasta que te juzguen por intento de asesinato. Y mientras Héctor te cura más o menos bien... —Miró al matador— yo iré a buscar algunas cosas a mi dormitorio, para salir inmediatamente hacia la playa... ¿De acuerdo, Héctor?

—Sí, de acuerdo, Brigitte.

—Démonos prisa. Quisiera llegar a isla Corbacho muy poco después que Feliciano Sotos. Se le va a atragantar el champaña con guinda, te lo aseguro.

Capítulo VII

Tardaron poco más de veinte minutos en llegar a la parte de la playa donde había un extenso roquedal. Héctor Benjumea jadeaba ligeramente, debido a la merma de facultades causadas por la pequeña herida que el cuchillo de Obdulio Ferrán había inferido en su costado. Había propuesto llegar a la playa a caballo, que regresaría solo a las cuadras, pero la espía se negó a ello, y tuvieron que recorrer más de una milla a pie, a un paso que casi era marcha atlética. No habían cambiado una sola palabra, pero el matador de toros había ido mirando de reojo a aquella sorprendente muchachita infatigable, que llegó a la playa tan fresca y pimpante como si hubiese dado un paseo en automóvil, llevando su maletín graciosamente, como si fuese su juguete preferido.

—¿Y Odón Salvatierra? —preguntó ella.

Benjumea asintió con la cabeza. Colocó sus manos junto a la boca y sorprendió a Brigitte emitiendo un mugido de toro que parecía indiscutiblemente auténtico. Luego, dos más.

Estuvieron esperando en silencio durante un par de minutos, hasta que la silueta de un hombre apareció ante ellos, por entre las rocas. En su mano se veía una pistola.

—¿Héctor?

—Soy yo, Odón. ¿Tienes la lancha cerca?

—Sí. Escondida entre las rocas que me indicaste... ¿Ella es la mujer de la ONU?

—Brigitte Montfort —presentó el torero—. Ella te conoce muy bien, Odón. Estoy convencido de que podemos confiar en su buena voluntad. Se lo he explicado todo, y dice que lo solucionará esta misma noche.

Brigitte estrechó la mano que le tendió Odón Salvatierra, tras cambiar la pistola a la izquierda.

—Encantado, señorita Montfort.

—Lo mismo digo, señor Salvatierra.

Este miró enseguida a Benjumea.

—Oí disparos hace horas, pero no me atreví a acercarme demasiado. Tengo la impresión de que estoy cercado, Héctor... Si no estuviese en tus tierras, ya me habrían atrapado los hombres de Feliciano Sotos... ¿Qué pasó?

—Mataron a Paco y a Luis.

—Dios... También ellos...

—Se acercaron después de anoecer, pero Marquina ya había llegado, con soldados. Luis y Paco vieron demasiado tarde uno de los coches, se escondieron entonces, pero fueron vistos..., Y los soldados encargados de proteger a Marquina pensaron que podía tratarse de un atentado contra el presidente, así que...

—Lo siento. Lo siento de veras, Héctor. Sé que los querías...

—Ya están muertos —musitó el torero—. Pero tengo la maleta. La señorita Montfort...

—Hablaemos en la lancha —interrumpió la espía—. Durante el recorrido hasta las islas podrán darse los dos toda clase de explicaciones. Ahora, vamos a la lancha.

Tardaron tres minutos en llegar a ella. Era pequeña, pintada de azul oscuro, lo cual equivalía poco menos que al negro durante la noche. Estaba metida en una especie de cueva de techo muy bajo, en la cual penetraba el mar. Odón Salvatierra, con agua hasta la cintura, tiró de ella hasta colocarla en posición asequible para Brigitte y Benjumea, que saltaron a la pequeña pero veloz embarcación.

Brigitte abrió su maletín, sacó la potente linterna que había pedido antes a Benjumea, ya que ella no llevaba de aquel tamaño, y la encendió, lanzando hacia las islas la señal que Obdulio Ferrán debía haber hecho personalmente. Volvió a guardar la interna, y miró a Odón.

—Adelante, señor Salvatierra. Durante el trayecto, Héctor le contará cómo van las cosas hasta el momento.

—¿Vamos a las islas?

—A la isla Corbacho, precisamente.

Salvatierra puso la lancha en marcha, saliendo disparados hacia las islas, que se recortaban en la noche, como un bonito dibujo teñido de color plata.

Y mientras los dos hombres hablaban, Brigitte abrió de nuevo su maletín, y sacó los tres tubos de aluminio. Héctor Benjumea no dejaba de mirarla, cada vez más sorprendido, mientras explicaba la situación a Salvatierra, el cual también dirigía frecuentes miradas a los manejos de la sorprendente y divina enviada de la ONU. La cual, con la rapidez y seguridad de su larga práctica, estaba montando el fusil, al cual le añadía poco después el culatín. Finalmente, metió en el largo tubo de tres piezas roscadas una de sus cápsulas mágicas.

—Perdonen la interrupción... Cuando estemos a una milla de la isla, pare el motor, señor Salvatierra. Esa milla la navegaremos a remo.

—Entiendo que quiere llegar silenciosamente, pero es inútil... Hay muchos centinelas vigilando las playas y los pocos acantilados de isla Corbacho.

—Llegaremos por un acantilado. Y no se preocupe por eso, por los centinelas. Héctor, ¿insistes en que esos rebeldes están siendo engañados? ¿Es decir, que ellos creen estar cumpliendo con su deber?

—Insisto en eso. ¿No es cierto, Odón?

—Muy cierto.

—Entonces, seremos... considerados con esos muchachos —sonrió Brigitte.

A continuación, dejando cada vez más atónitos a los dos hombres, se quitó el vestido, quedando ataviada únicamente con un bikini dorado, de color idéntico a su propia piel. Por último, de dentro del maletín sacó una bolsa de plástico, dentro de la cual metió el propio maletín, y la cerró herméticamente, por presión.

* * *

Lentamente, a remo, la lancha se detuvo, por fin, a una indicación de Brigitte, a unas ciento cincuenta yardas de la costa de isla Corbacho, enfrente de un acantilado no demasiado alto. La propia espía tiró el anclote al fondo. Luego, sin una sola palabra, sujetando con una mano el maletín y el fusil de aluminio especial, se deslizó hasta el agua. Hizo señas a los dos estupefactos hombres, que se apresuraron también a darse un baño a la luz de la luna.

Tres minutos más tarde, nadando silenciosamente a brazas, llegaban a menos de cien pies del acantilado..., en lo alto del cual se veía la blanca silueta de un hombre, con su gran sombrero de paja. En sus manos, un fusil.

—Se lo advertí —susurró Salvatierra.

—Subiremos por ahí —susurró también Brigitte—. Sosténganme a flote, moviéndose lo menos posible. No. Por los brazos, no... Por la cintura.

Los dos hombres la sostuvieron. Ella se pasó el asa del maletín por una muñeca. Luego, con ambas manos, mantuvo el fusil apuntando hacia el peón armado que caminaba despaciosamente por lo alto del acantilado...

Pof...

En tierra firme, el hombre se llevó las manos al rostro, soltando el fusil, sorprendido. Un segundo después caía, como fulminado.

—Sigamos.

Llegaron al acantilado, que no resultó precisamente difícil de escalar, motivo por el cual habían colocado un centinela, era evidente.

Una vez arriba, Odón Salvatierra se apresuró a inclinarse sobre el peón...

—Está solamente dormido para tres horas, señor Salvatierra. Ahora, lléveme usted lo más cerca posible de esos dos mil hombres. Es decir: del... puesto de mando. ¿Se imagina usted, quizá, dónde pueda estar ahora Feliciano Sotos?

—Montaron una cabaña donde se reúnen los oficiales... Pero le aseguro que no podrá llegar a ella. Es imposible.

Brigitte quitó la funda de plástico al maletín, la guardó, sacó otra ampolla y la metió en el tubo del fusil.

—Hacia esa cabaña, señor Salvatierra.

—Pero le aseguro...

—Por favor.

—Bien... Como quiera, señorita.

* * *

La cabaña se veía ahora a unas doscientas yardas. Había algunas luces a su alrededor, y, sobre todo, hombres armados. Atrás, habían dejado dormido otro centinela, que no tuvo tiempo ni siquiera de ver u oír nada.

Pero el objetivo de la agente Baby estaba delante. Dentro de aquella cabaña, algunos personajes, entre ellos Feliciano Sotos, debían de estar sosteniendo una

interesantísima conversación.

—Jamás llegaríamos ahí —susurró Salvatierra.

Héctor Benjumea ya había aprendido a callar. Se limitaba a mirar a Brigitte, que una vez más recurría a su maletín. La vieron sacar un pequeño aparato, que parecía una radio a pilas, de esas tan molestas que los bañistas se llevan a la playa. Pero no debía de ser una radio. La espía estuvo manipulando en ella durante tres o cuatro minutos. Finalmente, tendió a cada hombre un pequeño rectángulo metálico, que estaba unido al aparato por medio de un hilo.

—Esto son auriculares —explicó—. Y este aparato es un receptorgrabador. Este dial lo pone en marcha, y sirve para dar más o menos volumen a la audición y a la grabación. Por aquí, ustedes van a oír lo que se está hablando dentro de esa cabaña. Dentro de un par de minutos, pongan en marcha el aparato, que les permitirá oír esa conversación al mismo tiempo que la graba en la cinta. ¿Lo entienden?

—Sí... ¿Adónde va?

—A lanzar el micrófono. No se muevan de aquí oigan lo que oigan. Si vienen a por ustedes, olvídense de mí y escapen hacia la lancha. Eso es todo.

Se deslizó por entre la maleza, completamente silenciosa, con el fusil preparado para lanzar el micrófono-dardo.

Casi dos minutos más tarde se detenía, entre unas matas, a unas ochenta yardas de la cabaña.

Tras ella, tan silenciosamente se había deslizado, había dejado a otro centinela. Y a menos de veinticinco yardas tenía otro, igualmente vestido de color claro, con el fusil en sus toscas manos. Sin duda, aquellos dos hombres se habrían echado a reír si alguien les hubiera dicho en aquel momento que tenían entre ambos a una intrusa. Posiblemente, habrían contestado que ni siquiera un puma habría podido deslizarse tan silenciosamente.

Un puma, quizá no. Pero la agente Baby sí estaba allí, entre los dos, apuntando con el fusil hacia la cabaña, lista para lanzar el potentísimo micrófono-dardo...

Pof.

Bajó el fusil, y permaneció inmóvil unos segundos, notando las finas gotitas de sudor en la frente. La noche era un tanto fresca, ciertamente, pero la tensión nerviosa puede provocar el sudor en cualquiera con facilidad... Brigitte miró vivamente hacia el hombre que tenía delante y que, al parecer, no había oído nada. Empezó a retroceder, con lentitud y cautela... Poco después, veía al otro. Ahora estaba fumando, y se veía la brasa de su cigarrillo. Los centinelas no deben fumar, pero no se puede exigir mucho a un peón al que le han dado un fusil y lo convierten en casi soldado de la noche a la mañana. Tampoco se puede exigir a todo el mundo que tenga el finísimo oído de la espía internacional...

Dos minutos más tarde, Brigitte se dejaba caer junto a Odón Salvatierra y Héctor Benjumea, que casi ni le prestaron atención, tan absortos estaban escuchando le conversación que se sostenía en la cabaña.

Brigitte quitó el auricular del oído de Benjumea.

—¿Qué ocurre, Héctor? —musitó.

—Feliciano Sotos asegura que yo estoy muerto. Y dice que el ataque debe producirse mañana por la mañana, a pleno sol, precisamente cuando nadie lo esperaría. Quiere que desembarquen en Ciudad Andina y se apoderen del Ministerio... Está loco. Él sabe que esos hombres no podrán conseguirlo. Nuestros soldados...

—Él lo sabe muy bien, por supuesto. Y lo que quiere es que la rebelión se lleve a cabo, pero que fracase. Sigue escuchando.

—Si quieres escuchar tú...

—No. Todo se está grabando, de modo que podré oírlo cuando me convenga. Pero oigamos qué dice Sotos.

—Es asombroso —dijo en primer lugar Salvatierra—. Con este aparato...

—Hábleme de algo más interesante —sonrió Brigitte.

—Sí... Bien, Feliciano Sotos está ahí, hablando con algunos de los oficiales coloniales de las islas. Hay otros que no han querido participar en la rebelión: Gálvez, Maresma, Portillo, Carballo... Los tienen prisioneros. Los rebeldes temen por sus vidas si fracasan, pero Sotos les está asegurando que eso está previsto, y que en cualquier caso ellos no correrán peligro alguno, ya que serán perdonados...

—¿Puede Sotos perdonar a unos rebeldes?

—Desde luego que no. El perdón solo puede concederlo el presidente. Feliciano Sotos los está engañando a todos... Dice que Andina está efectuando una oscura maniobra política que retrasará su independencia muchos años si ellos no atacan cuanto antes. Maresma, uno de los oficiales coloniales fieles, ha intervenido en la conversación. Les pide a sus compañeros que abandonen esta locura y confíen en mí, que yo sé mejor que nadie lo que conviene a Islas Coronadas. Uno de los rebeldes ha estado de acuerdo con él, pero le ha replicado que yo poco podré hacer por unas islas que están condenadas a ser eternas colonias, y que por tanto atacarán mañana temprano.

—División de opiniones —sonrió Brigitte—. Parece que Feliciano Sotos los tiene bien engañados, a algunos. En parte, señor Salvatierra, comprendo a esos rebeldes, que no quieren ser una colonia. ¿Qué tal oficiales son?

—Eso es lo terrible... —Casi gimió Salvatierra—. Son hombres excelentes, señorita. Están actuando de buena fe, engañados por ese maldito Sotos que el diablo se lleve...

—Se lo llevará —dijo fríamente Brigitte—. Ahora, volvamos al mar.

—¿Al mar? —Respingó Salvatierra—. ¡Pero estamos oyendo algo muy interesante que...!

—Se está grabando, señor Salvatierra. Mientras no nos alejemos más de diez millas, este aparato seguirá grabando, de modo que podremos oírlo todo cuando queramos. Volvamos a la lancha. Quiero que sepa que Feliciano Sotos habrá tomado

sus precauciones para no ser reconocido por los «soldados» rebeldes...

—¿Por qué esa precaución?

—Porque cuando sus planes hayan terminado, todos esos oficiales, tanto los traidores engañados como los leales, serán asesinados, de manera que jamás puedan decir que Feliciano Sotos apoyó la rebelión. Es elemental, señor Salvatierra. Y como ninguno de los «soldados» sabe que el misterioso visitante es él, todo saldrá a la medida de sus planes.

—Maldito sea... ¡Lo mataré como a un cerdo...!

—Buena idea —aprobó Baby—. Vamos a matarlo.

—¿A...?

—A matarlo, señor Salvatierra —sonrió la divina—. Se lo ha ganado con todos los honores. Volvamos a la lancha. Vamos, Héctor.

* * *

—Ahí viene la lancha —musitó Benjumea.

—La veo muy bien. Esperaremos a que pase cerca de nosotros. Cuando quieran vernos, ya será demasiado tarde... para ellos.

Estaban los tres en la pequeña lancha de Odón Salvatierra, a motor parado, esperando. Y la espera había terminado. Feliciano Sotos había terminado su conferencia en isla Corbacho, y regresaba a Andina, al continente. Se veía la estela de plata que iba dejando en el mar su lancha, y se oía el potente motor, cada vez más cerca el rumor, más fuerte, más intenso.

Brigitte, todavía en biquini, sostenía en sus manos el fusil de tubos de aluminio, y sus hermosos ojos estaban fijos en la lancha que se acercaba tan directamente hacia ellos que parecía inevitable el choque. Los azules ojos relucían como los del felino agazapado a la espera de la presa. El fusil se alzó, quedó con un extremo sobre el delicado hombro de la espía, y el otro apuntando hacia la lancha. La de Odón Salvatierra se mecía blandamente sobre las olas, pero la agente Baby era capaz de disparar y hacer blanco desde unas «montañas rusas».

Y el blanco, el objetivo, estaba cada vez más cerca, más cerca, más cerca...

Pof.

Odón Salvatierra y Héctor Benjumea vieron perfectamente la silueta de Feliciano Sotos, solitario en la lancha, alzando los brazos al cielo, dejando suelto el volante de la lancha, que pareció saltar un instante, y luego continuó dando bandazos, en desigual zigzag, como si fuese a volcar de un momento a otro. La silueta de Feliciano Sotos había desaparecido.

—Ahora, Salvatierra; alcáncela.

El motor de la pequeña y velocísima lancha rugió inmediatamente, impulsándola en pos de la otra, más grande y pesada. Poco a poco, Salvatierra fue llevando su embarcación hacia la otra, cuyo volante, en una de las sacudidas, había accionado el

piloto automático, de modo que la lancha seguía una impecable línea recta.

—Acérquese más —gritó Brigitte—. ¡Más todavía! ¡Más!

Salvatierra tenía las mandíbulas encajadas y un poco desorbitados los ojos. Las lanchas estaban casi tocándose, navegando a la misma velocidad. La espuma de la otra saltaba sobre ellos, como una fina lluvia furiosa...

—Solo un poco más, Odón...

Y, de pronto, la espía saltó a la otra lancha, sin vacilaciones. Por un par de segundos, Benjumea y Salvatierra, aterrados, la vieron desaparecer, no sabían si caía en la cubierta o lanzada por la borda del otro lado, hacia el mar. Caída peligrosa a aquella velocidad. Mas, posiblemente, al final de aquella aventura los dos hombres llegarían a la conclusión de que la bellísima señorita Montfort era un personaje de cuidado... La vieron erguirse, ya sujeta al volante... Y, segundos después, la lancha grande se detenía. Salvatierra llevó la suya allí, deteniéndola también... Y los dos se estremecieron cuando la delicadísima jovencita incorporó a medias a Feliciano Sotos, tirando de sus cabellos, mostrándolo como si fuese una pieza de caza.

—*Voilà le cochon* —dijo ella—. Y ahora, vamos a enviarlo camino del infierno.

Lo llevó hasta la borda, lo hizo pasar por encima, lo empujó, y se oyó el chapoteo del cuerpo al caer al agua. Fin. El «cochon», el cerdo, iba camino del infierno.

Luego, Brigitte amarró la lancha grande a la popa de la pequeña, y regresó con los dos sobrecogidos amigos.

—Vamos a aquella gruta, caballeros. Dejaremos allí las lanchas, de momento. Todavía queda mucho por hacer.

—Santo cielo —musitó Salvatierra—, ¿todas... todas las enviadas de la ONU son como usted?

—Queridos —rio la espía—, ni en la ONU ni en todo el mundo hay nadie como yo. Volvamos a tierra.

Capítulo VIII

Los dos coches negros y grandes se detuvieron en el gran patio de la hacienda La Capea, y, como la noche anterior, los soldados se apearon a toda prisa, ocupando los lugares estratégicos. Del primer coche se apeó Alberto de Marquina, pasando junto al suboficial en posición de firmes que sostenía la portezuela. El joven y apuesto capitán Saldaña se acercó al presidente, que le dijo algo con mucho apresuramiento y se dirigió hacia la casa. En el ventanal de la arcada principal le pareció ver a la señorita Montfort, sentada ante una mesita, bebiendo algo...

Héctor Benjumea salió a su encuentro inmediatamente, y Alberto de Marquina no le dio tiempo ni a saludarle.

—¿Qué ocurre, Héctor? ¿Por qué me ha llamado a tan temprana hora, con estas prisas...? Apenas son las nueve...

—Por favor, Alberto, sígame. Tenemos algo muy importante que comunicarle.

—Pero...

—Todo a su debido tiempo, se lo ruego.

Señaló hacia el interior de la casa, y el presidente entró, nervioso, inquieto. Benjumea lo llevó hacia la gran sala, en la cual, ante el ventanal, estaba la señorita Montfort, efectivamente, con una copa de champaña en la manita izquierda; la derecha descansaba graciosamente sobre su regazo.

—Buenos días, señor presidente... ¿Una copa de champaña con guinda?

Alberto de Marquina ni siquiera contestó. Su mirada estaba fija, entre estupefacta y furiosa, en el último personaje de la reunión matinal: Odón Salvatierra, en pie junto a la señorita Montfort, con otra copa de champaña en la mano.

—¿Qué hace aquí ese traidor? —pudo barbotar al fin Marquina.

—Precisamente de eso se trata, Alberto —explicó Benjumea—: Odón no es el traidor.

El presidente se volvió airado hacia el matador de toros.

—¿Qué está diciendo...? ¡Todos sabemos...!

—Le ruego que nos escuche con calma. —Apaciguó Benjumea—. Será el mejor modo de entendernos.

—Está bien Le escucho, Héctor.

—Gracias. Tenemos las pruebas concretas e indiscutibles de que el traidor era Feliciano Sotos. Él quiso...

—¡Feliciano! —exclamó Marquina—. ¡Ustedes están locos!

—Le aseguro que no. La cosa es simple: él quería que las Islas Coronadas no fuesen independientes... No por ahora, al menos. Por eso, organizó la rebelión, engañando a algunos oficiales coloniales, simulando estar de su parte. Los engañó a todos... o a casi todos. Tenemos pruebas de eso. Es más: tenemos pruebas de que esta mañana, a pleno sol, quizá dentro de una hora o dos, esos oficiales coloniales van a emprender la invasión de Andina, empezando por Ciudad Andina, de la cual quieren

ocupar el Ministerio.

—¡Pero...!

—Es la verdad, Alberto, se lo aseguro.

—Pero no comprendo... ¿Por qué haría Feliciano una cosa así?

—Hizo todavía más. Como no quería que yo saliese elegido presidente, ordenó mi muerte. Ayer, pude morir dos veces.

—¡No puedo creer eso!

—Tenemos al asesino que Feliciano Sotos envió a acuchillarme, Alberto. Es uno de mis peones, Obdulio Ferrán. Él podrá decir esa verdad cuando sea juzgado.

—Quiero ver a Feliciano —musitó Marquina—. ¿Dónde está?

—Está muerto. Fue considerado culpable de traición, de ambición, y de ordenar diversos asesinatos. Después de considerado culpable, fue ejecutado... inmediatamente. Ahora está en el fondo del mar.

Alberto de Marquina se tambaleó. Estaba demudado, pálido...

—Será mejor, señor presidente, que acepte una copa de champaña —sugirió Brigitte—. Dicen que el champaña es bueno a cualquier hora. Y si está riquísimo y fresquísimo, y lleva una guinda, ya no se puede pedir más. Beba: le sentará bien.

Marquina se acercó a la mesita, y tomó con mano temblorosa la copa que le tendía la espía. Aturdido, bebió un sorbo, y luego un trago tan largo y ávido que casi vació la copa. Se quedó luego inmóvil, caída la cabeza sobre el pecho durante unos segundos en los que nadie hizo el menor comentario.

—No puedo creerlo —musitó al fin—. ¿Por qué quiso Feliciano organizar esa rebelión y matar a Héctor...? ¡No lo entiendo! ¿Por qué?

—Porque en Islas Coronadas hay miles de toneladas de mineral de uranio —explicó Benjumea—. Lo cual significa muchísimos millones de pesos.

—Pero esos millones no habrían sido para él, sino para el país...

—¿Para qué país?

—Pues para... para Andina, naturalmente, hasta que Islas Coronadas hubiesen obtenido su independencia.

—Cierto. Pero ¿por qué conformarse con unos cuantos meses de explotación pudiendo tenerlo todo durante muchos años? Por eso, para evitar que las islas se quedaran con los beneficios después de su independencia, quiso retrasar esta, organizando una rebelión, engañando a todos. Una rebelión que significaba veinticinco años más de colonialismo para Islas Coronadas.

—Aun suponiendo que sus planes hubiesen salido bien, Feliciano no habría podido beneficiarse de esa explotación, Héctor.

—¿No?

—¡Claro que no! Los beneficios de esa explotación de mineral de uranio habrían sido para el país, para Andina, no para él.

—Bueno... Digamos que él esperaba dar unas migajas al país y quedarse con la mayor parte del dinero que pagasen nuestros compradores de uraninita.

—Absurdo. ¿Creen que yo habría permitido eso?

—Lo creemos, Alberto.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo, Héctor?

—Estoy diciendo que antes de ser... ejecutado, Feliciano Sotos nos dijo que todo el plan era obra de ambos: de usted, y de él. Por eso querían matarme a mí, para evitar que alguien pudiera quitarle a usted la presidencia del país. Así, gobernando los dos, sin nadie que pudiera pedirles cuentas, los dos irían llenando sus bolsillos, hasta cansarse. Entonces, todo lo que tenían que hacer era esperar unas nuevas elecciones, usted no se presentaría, y se marcharían a vivir como millonarios a cualquier otro país: Estados Unidos, Brasil, Argentina... O quizás incluso Europa. ¿No es cierto eso, Alberto?

—Están locos. —Tembló la voz de Marquina—. ¡Completamente locos!

—Yo creo que no. Tenemos grabada la conversación de Feliciano Sotos en la que explica toda la verdad respecto a usted y a él, a sus planes... Todo está grabado con la propia voz de Feliciano Sotos, Alberto.

—¡Mentira!

—¿Cree que es mentira? Muy bien: oigamos entonces la voz de Feliciano Sotos, explicándolo todo detalladamente.

Miró a Brigitte, la cual, sonriendo dulcemente, puso en marcha el pequeño receptor-grabador. Enseguida, la voz de Feliciano Sotos empezó a oírse, en su conversación con los oficiales coloniales sostenida la noche anterior en la cabaña de isla Corbacho...

—¡Paren eso! —gritó Marquina—. ¡Paren eso inmediatamente!

Una pistola pequeña y plana había aparecido en su mano derecha, pero nadie se alteró demasiado.

Brigitte detuvo la marcha del aparato en reproducción, pero, sin que Alberto de Marquina se diese cuenta de ello, apretó el botoncito que cambiaba la pista de la cinta, de modo que la grabación comenzó en el acto... a continuación de la obtenida desde la llegada de Alberto de Marquina.

—¿Por qué nos apunta con esa pistola, Alberto? —musitó Héctor.

—Ustedes... ustedes lo han echado todo a perder...

—Ciertamente. Entonces, ¿admite que todo lo que he dicho es cierto?

—Lo es... ¡Es cierto! Pero ustedes... ¡Ninguno de ustedes va a vivir después de haberme hecho fracasar!

—¿Entiendo que piensa asesinarlos, Alberto?

—Sí... Sí, eso es lo que voy a hacer... Y luego llamaré al capitán Saldaña, y diré que intentaron matarme, confabulados con ese traidor de Odón Salvatierra... ¡Nadie dudará de la palabra del presidente de Andina! ¡La invasión se llevará a cabo, las islas seguirán siendo colonia, y solo yo seré quien se aproveche de ello! ¡Me alegro de que Feliciano haya muerto! ¡Me alegro!

—Eso está muy mal, señor presidente —sonrió Brigitte.

—Usted... usted cállese, o...

—Señor presidente: no me gusta la idea de morir, pero me fastidia su descortesía.

—¿Mi descortesía?

—En efecto. Concédame al menos la satisfacción de hacer los honores a mi champaña, a mi invitación. —La espía alzó su copa—. ¿Le parece que brindemos por el éxito de sus planes?

—¿Por qué no? —Sonrió secamente Marquina, que todavía tenía la copa en la mano—. Es una excelente idea... Brindemos... Ustedes también, Salvatierra y Benjumea... ¡Cojan sus copas y brinden por el éxito de mis planes! ¡Háganlo!

Héctor Benjumea y Odón Salvatierra alzaron sus copas, mirando hoscamente al presidente. Parecían resistirse al brindis, pero un movimiento amenazador de la pistola los convenció. Afuera, en el patio, los soldados y el capitán Saldaña permanecían completamente ajenos a tan interesantes acontecimientos.

—Caballeros, no se resistan —aconsejó dulcemente Brigitte—. Al fin y al cabo, es su última oportunidad de beber champaña con guindas. Señor presidente: ¡muchos éxitos en el futuro! ¡Salud!

Fue la primera en vaciar su copa, sin dejar de sonreír, con evidente agrado. Para ser un personaje que iba a morir dentro de pocos segundos, no se la podía ver más feliz y satisfecha... Finalmente, la guinda cayó en su boquita, y la espía la masticó con gran placer, emitiendo gemiditos de satisfacción. Los demás, tras beber un sorbo, permanecían mohínos, bajo la vigilancia de Marquina.

—Oh, señor presidente, ¿piensa dejarse la guinda? ¡Pero si es deliciosa! ¡Mmmmuuummmm...!

Alberto de Marquina se llevó de nuevo la copa a los labios, y la guinda se deslizó por el fino cristal hasta su boca, donde fue triturada inmediatamente. Una sonrisa de feroz admiración apareció en los labios del presidente.

—Debo admitir, señorita Montfort, que usted es una mujer... extraordinaria.

—Muy amable. ¿Está buena la guinda, don Alberto?

—Riquísima. Igual que la de anoche.

—¿Tanto? Yo creo que un poco menos... Ocurre que me permití inyectarle un poquito de veneno a su guinda, señor presidente, por si mi truco de acusarle surtía efecto. Era natural que... ¡Oh! ¿Qué le ocurre, don Alberto?

Alberto de Marquina había palidecido, de pronto. Se tambaleó, y Héctor Benjumea aprovechó la ocasión para quitarle velozmente la pistola, mientras el presidente andino caía de rodillas, más lívido que nunca...

—Le iba diciendo, señor presidente, que era natural que Feliciano contase con un apoyo inmejorable para sus planes, y se me ocurrió sospechar de usted. Era lo lógico, naturalmente. Además, soy ya una veterana espía harta de trucos inocentes... ¿Qué le parece el de la guinda envenenada, don Alberto?

Don Alberto había caído ya, de bruces. Su cabeza quedó de lado, con los ojos muy abiertos, fijos en la espía internacional. Odón Salvatierra se inclinó sobre él, lo

examinó, y musitó:

—Está muerto...

—Eso quiere decir que el truco de la guinda envenenada es muy bueno. Tendré que utilizarlo más veces... ¿Más champaña, caballeros? Les aseguro que el champaña no está envenenado...

—Dios mío —murmuró Benjumea—. ¿Cómo puedes ser... así?

—Cuestión de temperamento y mentalidad. Además, no voy a desperdiciar estas últimas gotitas de Dom Perignon...

Las escanció en su copa, tranquilamente. Salvatierra y Benjumea la miraba como hipnotizados.

Brigitte pareció atragantarse graciosamente a mitad del traguito, y los señaló con uno de sus deditos maravillosos.

—¿Está todo preparado? ¿Las lanchas grandes con banderas blancas, los altavoces potentes para que estas grabaciones se oigan bien en el mar...? ¿Todo listo?

Los dos asintieron con la cabeza.

—¿Podrás tranquilizar y convencer al joven y guapo capitán Saldaña, Héctor?

—Sí... Desde luego.

—Pues en marcha... ¡Vamos, vamos, queridos! Tienen que evitar que unos cientos de hombres mueran esta mañana... ¿Qué esperan para correr hacia el mar y seguir mis instrucciones?

Los dos salieron corriendo de la casa. Afuera, se oyeron las voces, gritos, los motores de los dos coches...

Brigitte Montfort, alias Baby, acabó el champaña, se fue a su dormitorio, hizo el equipaje, dejando fuera las dos botellas de champaña que le quedaban, y bajó a la salita, donde Lucía estaba a punto de desmayarse, tras haberlo oído todo y, seguramente, visto, desde algún escondrijo. Brigitte dejó las botellas sobre una mesita, tras escribir en la etiqueta de cada una los nombres respectivos de Odón Salvatierra y Héctor Benjumea.

En la etiqueta de este, añadió: «Por favor: el mineral de uranio véndelo a USA, y a nadie más que a USA».

Echó un indiferente vistazo al cadáver de Alberto de Marquina, alzó su equipaje sin esperar ayuda de nadie, y se dirigió a la puerta de la hermosa hacienda del matador de toros.

—Adiós, Lucía —sonrió.

—A-a-adiós, se-se-ñorita... seño...

Seguramente, para cuando Lucía hubo terminado su despedida, Brigitte Montfort estaba ya cruzando las verdes dehesas, con su automóvil alquilado el día anterior. Trabajo cumplido, con la rapidez de la única, sensacional, inigualable e invencible Baby.

Voilà!

Pero todavía ocurrió algo más. La espía se detenía, una hora más tarde, en un

punto de la carretera que desde Ciudad Andina llevaba al aeropuerto internacional. Cerca de ella, el mar, las playas del continente suramericano.

Y en el mar, numerosas embarcaciones de diversos tamaños, atestadas de «soldados» con sombrero de paja. Hacia ese gran grupo de embarcaciones navegaban dos lanchas con bandera blanca, procedentes del puerto de Ciudad Andina. En el centro de una de ellas se veía, erguidos, dos hombres, junto a unos enormes altavoces.

Y la voz de uno de ellos llegó hasta la agente Baby, a ráfagas, según el capricho de la brisa:

—¡Isleños andinos! Os está hablando Héctor Benjumea... No va a haber guerra... Traidores que os engañaban... Salvatierra también os dirá... Han muerto ya los traidores... Os prometo que vuestra independencia...

Brigitte Montfort, alias Baby, antes de volver a su coche alquilado, que dejaría en el aeropuerto, tiró un beso hacia el mar, con la punta de un dedito.

—Hasta la vista, matador... ¿O quizá debo decir ya señor presidente?

Este es el final

Charles Pitzer estaba haciendo papilla su imaginación para ponderar el último «trabajito» de la agente Baby.

—Fabuloso, increíble, sensacional...

Brigitte alzó la cabecita. Se hallaba sentada en su sofá, y, ciertamente, no parecía muy satisfecha.

—Palabras, tío Charlie, solo palabras... Además, ni siquiera tuve tiempo de tomar el sol... ¡Acabé tan pronto, eran todos tan ingenuos...! ¿No le parece que mi bonito tono dorado por el sol se está... aclarando demasiado?

—¡Pero lo que usted ha hecho es algo increíble, Brigitte!

—¿A qué se refiere?

—¡Por el amor de Dios...! Se la envió a intentar resolver un asunto delicado... ¡Ni siquiera eso! La verdad es que fue enviada a Andina como observadora pacífica...

—¿Cree que yo no soy pacífica? Tendré que ir a tomar sol artificial... Y la verdad es que me disgusta. Lo que me gustaría es estar tan bronceada como Héctor Benjumea... Bueno, no tanto, porque casi parecía de color marrón... Tío Charlie, ¿ha visto alguna vez el torso y las piernas de un matador de toros que ha sido corneado siete veces?

—No... El secretario de la ONU ha enviado la más calurosa felicitación a la CIA y en especial a la agente Baby. ¡Todo resuelto en un par de días, como si nada...!

—Es terrible.

—¿Terrible? ¡La han felicitado de la ONU!

—Con esas heridas de bordes salientes, tan largas, tan crueles... A partir de ahora, tío Charlie, creo que voy a simpatizar mucho con los matadores de toros. Y hasta iré a Andina a presenciar algunas corridas, a la plaza... ¿Cómo dijo el viejo Macario?... ¡Las Tientas del Santísimo! ¿Querrá venir alguna vez, tío Charlie?

—¡Usted no está dando importancia a las felicitaciones que...!

—Palabras. Ya le he dicho que son solo palabras... A fin de cuentas, querido, solo fui a Andina a convidar a algunos señores a beber champaña con guindas...

FIN

Notas

[1] Véase *Los mercenarios*, volumen doble de esta colección. <<